



El poder de la conversación

Confesiones de un sacerdote digital

NOVEDADES



Hablando con...

HERIBERTO GARCÍA ARIAS

Confesiones de un sacerdote digital

GONZALO FERNÁNDEZ SANZ. Págs. 144. P.V.P.: 10 euros

Esta nueva colección quiere dar voz a hombres y mujeres no demasiado conocidos que están viviendo experiencias significativas en el campo de la evangelización.

El padre Heriberto García Arias es un sacerdote mexicano nacido en 1988. Actualmente cursa estudios de Comunicación Institucional en Roma. A raíz de la pandemia comenzó su trabajo evangelizador en las redes sociales. Hoy son millones los adolescentes y jóvenes que lo siguen en *TikTok, Instagram, Facebook* y *YouTube*. Su sueño es anunciar al Cristo de siempre con los medios de hoy.

Lectio divina para tiempos fuertes
CUARESMA Y SEMANA SANTA 2024

No solo de pan

GONZALO FERNÁNDEZ SANZ. Págs. 120. P.V.P.: 7 euros

Los tiempos fuertes de Cuaresma y Semana Santa son muy propicios para meditar y dejar que la Palabra de Dios inspire nuestras vidas.

La «lectura orante» del Evangelio nos llega, de nuevo, de la mano de Gonzalo Fernández Sanz.



 **PUBLICACIONES CLARETIANAS**

Juan Álvarez Mendizábal, 65, dupdo. 3º 28008 Madrid

Pedidos: Tlf. 915 401 267 publicaciones@publicacionesclaretianas.com

www.publicacionesclaretianas.com

CARTA DEL DIRECTOR

Gonzalo Fernández Sanz

DIRECTOR DE VIDA RELIGIOSA

CONTRA POLARIZACIÓN, NARRACIÓN Y CONVERSACIÓN

Bajan revueltas las aguas eclesiales. La declaración *Fiducia supplicans* sobre el sentido pastoral de las bendiciones ha abierto un nuevo debate que va más allá de la sana argumentación teológica y pastoral. Ha polarizado todavía más las posturas. Es probable que algunas personas consagradas asistan con perplejidad al fuego cruzado que en las últimas semanas se ha visto en las redes sociales y otros medios. En las filas de la vida consagrada hay teólogos y teólogas excelentes que pueden ayudar a calmar la tensión con reflexiones sensatas y bien fundamentadas. Pero, además, si algo puede aportar la vida consagrada en momentos como estos es una actitud templada, fruto de una larga trayectoria histórica en la que hemos aprendido a dialogar y debatir sin condenarnos mutuamente. No conviene dar demasiada importancia a las pequeñas *historias* con las que confeccionamos el día a día, aunque vengan revestidas de mucha trascendencia. Estamos llamados a ser, más bien, testigos de la gran *narración* de Jesús y su

Evangelio que atraviesa todos los tiempos.

En su libro *La crisis de la narración*, el filósofo surcoreano Byung-Chul Han viene a decir que en la sociedad de la información las *historias* (cortas, editadas e impactantes) que se suben a las redes sociales han sustituido a la verdadera *narración* (larga, articulada y dadora de sentido) que se lee y se escucha. Prisioneros de los momentos atomizados de nuestro día a día, cada vez nos resulta más difícil narrar con calma y profundidad lo que sostiene nuestras vidas. En la sociedad digital y acelerada en la que vivimos hemos sustituido la capacidad de escuchar por la necesidad de entretener, llamar la atención y también provocar. Sin paciencia y escucha atenta no hay verdadera *narración*. Y sin *narración* no sabemos de dónde venimos, dónde estamos y adónde vamos. Desconectados de un pasado que consideramos superado y recelosos de un futuro incierto, estamos condenados a vivir un presente confuso, efímero y a menudo muy polarizado. Se multiplican los indicadores en el terreno político y

en el eclesial. Necesitamos lucidez y templanza, dos virtudes a la baja que forman parte de nuestro acervo carismático.

Para no hacer de las normales polaridades de la vida consagrada (persona-comunidad, acción-contemplación, tradición-progreso, libertad-obediencia, etc.) dilemas irreconciliables, estamos llamados a practicar el arte de la conversación, no solo a multiplicar las reuniones funcionales o las charlas insustanciales. La sesión del Sínodo de los Obispos del pasado mes de octubre nos familiarizó todavía más con el método de las conversaciones espirituales. Con distintos nombres y metodologías, los institutos de vida consagrada llevamos mucho tiempo practicando este arte. Ahora, en sintonía inteligente y cordial con la Iglesia, podemos realizarlo mejor y practicarlo con más asiduidad.

Las comunidades que conversan se previenen contra el riesgo de la polarización porque todos sus miembros se ponen a la escucha

del Espíritu y aprenden a discernir evitando prejuicios, ideologías excluyentes, etc. Resulta triste que, disponiendo de este instrumento de discernimiento tan sencillo y poderoso, nos abandonemos también nosotros a la ceremonia de la confusión. Por desgracia, no faltan religiosos y religiosas que prefieren atizar el fuego de la confrontación con posturas extremistas y actitudes beligerantes.

Solo a través de una conversación libre, madura y espiritual, podemos recuperar y compartir la gran *narración* de lo que somos, las historias que fundamentan esta particular forma de vida en la Iglesia. Esto nos salva de las *historias efímeras*, de los episodios inconexos. **V**

Nuestra portada

Hay conversaciones que se hacen en torno a una mesa (como sucedió en la última asamblea sinodal) y otras por el camino. Lo importante es escucharnos unos a otros con la esperanza de que Jesús mismo se haga presente de manera misteriosa donde dos o tres conversamos en su nombre. Hay tiempo de escuchar y tiempo de hablar. La persona sensata sabe administrar cada tiempo.





4

Historias menudas
Mariano José Sedano

5

**No solo ayudar,
sino convivir**
Ignacio Virgillito

10

Senderos sinodales
Jolanta Kafka

11

**Conversaciones comunitarias:
fuerza transformadora y revolucionaria**
José Cristo Rey García



20

Hablando en dialecto
Dolores Aleixandre

21

**Retiro: Peregrinar
con esperanza**
Juan Carlos Martos



29

Algo está brotando
Miguel Márquez

30

**Entrevista:
Heriberto García Arias**
Gonzalo Fernández

36

El altavoz
Silvia Rozas

37

**Teología de
la vida consagrada**
Redacción de VR

43

**El movimiento de un
encuentro**
Pedro M. Sarmiento

47

Desde Oriente
Paulson Veliyannoor

48

Lectura recomendada
Pedro M. Sarmiento



Edita: Misioneros Hijos del Corazón de María (Claretianos).

Director: Gonzalo Fernández Sanz.

Subdirector: Pedro M. Sarmiento.

Consejo de Redacción: Antonio Bellella, Luis A. Gonzalo Díez, Antonio S. Orantos, Samuel Sueiro, José Cristo Rey García Paredes, Anthony Igbokwe, Ignacio Virgillito, María Piedad Amigo, Lourdes Perramon.

Dépósito Legal: M2.5821.958 ISSN: 02119749

Maquetación y diseño: Verónica Navarro, M^a Ángeles González, Araceli López-Pastor, Pedro M. Sarmiento.

Foto de portada: Vida Religiosa. Imprime: Din Impresores.

Dirección: Buen Suceso, 22. 28008 Madrid

www.vidareligiosa.es

Redacción: Tel.: 915 401 262 WhatsApp: +34 676 25 67 05

email: secretaria@vidareligiosa.es

Suscripciones: Tel.: 915 401 238

email: suscripciones@vidareligiosa.es

Precios: España y Unión Europea: 65 euros (IVA incluido).

Canadá, USA, Puerto Rico y Japón: 95 euros ó 103\$ USD.

Otras naciones: 68 euros ó 73\$ USD.

Números sueltos: 4 euros ó 4,50 \$ USD + gastos de envío.

HISTORIAS MENUDAS



Del diario del primer monje

Mariano Sedano

MISIONERO CLARETIANO (SAN PETERSBURGO, RUSIA)

La noche de Reyes de este año pedí un deseo: calzar las sandalias del primer monje y caminar algunos pasos con ellas. Me metí (*in*) en las huellas (*vestigia*) que dejaban en las cálidas arenas (*in-vestig-ar*) y me topé con unos papiros menudos, casi ilegibles. Parecían ser *el diario del primer monje de la historia*: «...y acompañé a nuestro obispo Cipriano al desierto cuando escapó... [de la persecución de Decio]. Yo era un asceta de Cartago. Entre nosotros reinaba un ambiente de exigencia y renuncia radical. Cuando años más tarde volvió la persecución, Cipriano no quiso huir, lo arrestaron y murió mártir. Algunos dejamos la urbe y nos perdimos en el desierto. Vivimos aquí ya más de un año. (...) No acabo de explicarme por qué di este paso. Desde luego, que no me impulsó el miedo. Aunque soy urbano, el desierto es un poderoso imán. Vivimos solos, pero cercanos unos de otros. Compartimos vivencias, miedos y preguntas. Hace tiempo que todos perdimos la cabeza por Dios. Y consagramos nuestra vida a Él: celibato, oración, lectura de la Palabra, ayuno y trabajo. Pero vivíamos en comunidad dentro de Cartago. No sé qué se nos pasó por la cabeza, para romper

tan radicalmente con todo. ¿Protesta contra la comunidad que nos acompañó y alimentó con la Palabra y los Sacramentos? En absoluto. Queríamos mayor libertad para volar. Vivir dedicados solo a Dios. Amarle por encima de todo. Y el desierto nos daba alas. ¿Era lo que había que hacer o hemos exagerado más de la cuenta? Tenemos dudas. No hay plan. No sabemos qué va a ser de nosotros. El Padre nos cuida. No nos falta de nada. Cierto que nos hemos acostumbrado a vivir con muy poco. ¡Ojala que el desierto sea el alba del retorno de la humanidad al paraíso! Y –ya puestos– el camino hacia relaciones humanas donde renuncia y servicio sean fundamentos de fraternidad. Igual somos los primeros y últimos que viven así. Quizá la Historia no hable de nosotros. Lo que sé es que mi pequeña historia se ensanchó al vaciarse para darle espacio a Él». **VR**

EXPERIENCIAS



No solo ayudar, sino convivir

Las hermanas AMICO son una gota de agua en el ancho mar de la solidaridad. Representan a esa vida consagrada que no suele aparecer en los medios de comunicación y a veces tampoco en los grandes encuentros eclesiales. Su presencia discreta entre los excluidos de esta sociedad del bienestar constituye una de esas parábolas vivientes que permiten intuir en qué consiste el Reino de Dios, el sueño por el que Jesús dio su vida.

Ignacio Virgillito

OFICINA DE COMUNICACIÓN DE LA PROV. CLARETIANA DE SANTIAGO

En la calle Antonio González Porras de Madrid hay una casa de ladrillo rojo con puertas y ventanas de forja pintadas de blanco. Por fuera, parece una vivienda normal de tres pisos. Nadie diría que en esa casa vive una comunidad muy especial. No hay ningún signo externo que indique que allí se encuentra la “Casa de Acogida San Agustín y Santa Mónica”. El inmueble pertenece a los Misioneros Claretianos, pero en la actualidad está alquilado a un precio simbólico a Cáritas Madrid para sede de un proyecto social cuyo objetivo es ofrecer a personas en situación de exclusión un espacio residencial con un clima familiar y de acogida. Y también un acompañamiento que les permita sentirse valoradas, desarrollar su autonomía personal y mejorar su integración social.

”

Varios institutos religiosos y muchos laicos colaborando con un mismo proyecto de solidaridad

Desde 1997 el proyecto es apoyado por la orden de los Agustinos. Acompañándolo como comunidad de vida, hay tres religiosas (Felicia Mañón, Margret Opanda y Wilma Cruz) pertenecientes a la congregación “Amistad Misionera en Cristo Obrero” (AMICO), ayudadas por más de 30 personas voluntarias. Resulta interesante que, coordinados por Cáritas, haya varios institutos religiosos y muchos laicos que, de diferentes maneras, están colaborando con un mismo proyecto de



solidaridad. De los varios institutos implicados, son las hermanas de AMICO quienes comparten a diario la vida con las personas que viven en la casa de acogida. No se limitan a echar una mano, sino que conviven de manera permanente con los residentes.

La suya es una congregación de “amigas en el Señor” que inspiran su vida y misión en las palabras de Jesús: “El Espíritu del Señor está sobre mí, me ha enviado a llevar la Buena Nueva a los pobres” (Lc 4,18). No es muy conocida en España, quizás por su presencia discreta en algunas periferias humanas. Fueron fundadas por el jesuita murciano Pedro Martínez Cano en 1971 como una forma de vivir más radicalmente la vida consagrada en virginidad, pobreza y obediencia, así como de llevar el Evangelio de Cristo a los sectores sociales y económicos más débiles. El fundador murió de forma violenta en Guatemala el 7 de diciembre de 1981.

Las religiosas AMICO son contemplativas en la acción. Entienden su vida como consagración, culto, sacrificio y liturgia. Por eso, dan tanta importancia a la celebración diaria de la Eucaristía y a la oración personal. Definen su misión como “llevar el Evangelio de Cristo encarnado, en una integral promoción



humana y cristiana, al mundo de los que son social y económicamente pobres, en cualquier parte del mundo”. Sus obras, presentes en España y en algunos países latinoamericanos (Colombia, Guatemala, Haití, Nicaragua, Puerto Rico y República Dominicana), se desarrollan en el campo de la salud y la educación, en centros de nutrición, hogares de ancianos, etc.

La “Casa de Acogida San Agustín y Santa Mónica” de Madrid cuenta con 19 plazas, de las cuales 6 son de corta estancia (hasta dos meses), 9 de larga estancia (hasta 24 meses), 4 están convenidas con Madrid Salud (Ayuntamiento de Madrid) y destinadas a Patología dual (2 plazas, hasta 4 meses de estancia) y a deterioro psicosocial (2 plazas, hasta 12 meses de estancia). En esta casa, todo el personal (las hermanas AMICO, los profesionales y los voluntarios) trabajan desde una perspectiva biopsicosocial, teniendo en cuenta todas las dimensiones de la persona: salud, características psicológicas, convivencia,

apoyos sociales, relación con el entorno, etc.

Esta tarea sería imposible sin la colaboración regular de muchos voluntarios, que son formados y acompañados por el equipo de profesionales. Desempeñan una función básica en la integración y acogida de las personas acogidas en la Casa. Ayudan a normalizar las relaciones y a realizar muchas tareas en línea con los objetivos del proyecto.

”

La implicación personal de los residentes es un principio fundamental en la metodología

Pero no se trata solo de ayudar. La implicación personal de los residentes en su propio proceso es un principio fundamental en la metodología de intervención educativa. Ellos par-



ticipan en la vida de la Casa aportando su contribución diaria, a través de las asambleas periódicas que se realizan y cumplimentando las encuestas de satisfacción para llevar a cabo una mejora continua de la atención.

”

Los gestos que Jesús nos dejó, hechos en su nombre y con su fuerza, también hoy llegan al corazón

Teniendo en cuenta que cada residente presenta problemáticas muy distintas, la intervención que se realiza es siempre personalizada. Se basa en la persona, incidiendo en los factores que influyen en su situación de exclusión social y potenciando los

recursos, capacidades, habilidades y apoyos que favorezcan su proceso de reinserción.

La hermana Mery Martín, española de nacimiento, pero con una larga experiencia misionera de 38 años en Latinoamérica, ha vivido varios años en esta casa, junto con otras dos religiosas de su congregación. Su lema “No amemos de palabra, sino de obra” la ha llevado a poner el corazón en todo lo que hace. Cuando le preguntamos en qué consiste amar a los pobres, su respuesta no se pierde en abstracciones. Describe hechos concretos con verbos de acción: “Acogerlos con cariño, aceptarlos como son, acompañarlos en sus procesos lentos y difíciles, darles esperanza cuando llegan hundidos en su miseria, hacerlos visibles defendiendo su dignidad, ofrecerles una sonrisa sincera y amiga mirándolos a los ojos, una caricia, una palmada, escuchar sus tristezas, dar-

les confianza compartir alegría”. Este es el Evangelio que ellos entienden y acogen. Son los gestos que Jesús nos dejó y que, hechos en su nombre y con su fuerza, también hoy llegan al corazón y son capaces de transformar la vida de estas personas sacándolas de su soledad y llenándolas de sentido. Da mucha importancia a las palabras de Jesús: “Cada vez que lo hicisteis con uno de estos, mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis” (Mt 25,40).

La hermana Mery es testigo de verdaderos milagros. A muchas personas les ha cambiado la vida desde que han pasado por la Casa. Habla de personas que han nacido de nuevo, que han pasado de la muerte social a la vida, personas que se han reintegrado en la sociedad con un trabajo digno. Algunas de ellas retornan a los proyectos como voluntarias.

Las hermanas AMICO son una gota de agua en el ancho mar de la

solidaridad. Representan a esa vida consagrada que no suele aparecer en los medios de comunicación y a veces tampoco en los grandes encuentros eclesiales. Su presencia discreta entre los excluidos de esta sociedad del bienestar constituye una de esas parábolas vivientes que permiten intuir en qué consiste el Reino de Dios, el sueño por el que Jesús dio su vida.

Como tantas otras realidades de la Iglesia de hoy, la tarea de estas religiosas AMICO lleva el sello de la misión compartida y de la cultura “inter”. Expresa con claridad la imagen de una Iglesia samaritana que pone en juego sus carismas de manera conjunta para estar cerca de los que más lo necesitan.

El sol de enero en el pequeño patio de la casa era una hermosa metáfora de que la luz y el calor siempre triunfan sobre la oscuridad y el frío. **VR**



SENDEROS SINODALES



¡Qué diversos somos!

Jolanta Kafka

MISIONERA CLARETIANA (REUS, ESPAÑA)

Esta exclamación -¡qué diversos y qué diferentes somos!- es frecuente en muchas situaciones eclesiales y sociales.

Recuerdo haber visto hace años un florero en la capilla con flores de varios colores. No respondía a mis cánones de belleza o de armonía. ¡Qué raro! Me sorprende y me digo: “Quien lo ha preparado seguramente tenía su visión”. Pero se adelanta mi hermana y, señalando el florero, exclama: “¡Qué diferentes somos! ¿Cómo se le ocurre poner las flores así?”. Le respondo: “Seguramente tenía su visión. Cuando ella mira nuestros floreros, seguramente dice lo mismo: ¡qué diferentes somos!”.

La diversidad no se puede negar. Lo difícil es abrazarla.

Nuestra realidad eclesial es muy diversa. El camino sinodal es una llamada a caminar juntos integrando las diferencias.

En el Instrumento de Trabajo (IT) de la primera sesión del último Sínodo no solo se constata la diversidad eclesial, sino que se hace una lectura de ella. Dos apreciaciones me parecen iluminadoras.

Una sobre la vivencia: el IT dice que la unidad solo es posible *si se asume lo incompleto, la diversidad* (50). La diversidad está en toda la creación, es obra del Espíritu. Pero, como se dice en *Laudato si'*, la creación no solo se sostiene por la diversidad de millones

de especies, sino porque todas están interconectadas. La vivencia de la diversidad nos puede atrincherar. A veces despierta el deseo de homologar a todos y poner reglas para un buen ordenamiento de todo lo diverso. Sin embargo, descubrirla como la incompletitud nos hace arrancar desde la humildad, reconocer que necesitamos al distinto porque nos complementa; sin el distinto no podemos existir (cf. IT 29.31).

El otro aspecto es cuando habla del ministerio petrino. Citando la LG 13, dice que el obispo de Roma preside la asamblea de la caridad *protegiendo las diferencias legítimas y vela para que las divergencias sirvan a la unidad en vez de dañarla* (cf. IT 12). Desearía algo semejante para todos los líderes: que presidan en la caridad y protejan las diferencias, no solo que las toleren. Que, en nuestras comunidades, se vele por que la divergencia sirva a la unidad. Sin ella la unidad es algo artificial.

Me viene a la mente la antifona del *Benedictus* del tiempo de Navidad. Contemplando al Hijo de Dios *que se ha hecho hombre y sin dejar de ser lo que era ha asumido lo que no era sin sufrir mezcla ni división*. También nosotros tenemos la tarea de abrazar las diversidades: *¡sin sufrir mezcla ni división!*

¡Qué incompletos somos! ¡Gracias Señor!

REFLEXIÓN



Conversaciones comunitarias: fuerza transformadora y revolucionaria

En tiempos de polarización es necesario aprender a conversar. Cuando practicamos el arte de la escucha descubrimos que todas las personas, incluso aquellas que a menudo son descartadas, tienen algo que aportar para bien de todos. Una vida consagrada “conversacional” genera una nueva forma de entender la comunidad y la misión.

José Cristo Rey García Paredes, CMF
TEÓLOGO

No hay sinodalidad sin conversación, es decir, sin conversaciones a lo largo del camino que recorremos juntos. Tenemos la convicción de que, mientras conversamos a lo largo del camino, un acompañante invisible se nos acerca y nos pregunta: “¿Qué conversación lleváis por el camino?” (Lc 24,17).

Decía Octavio Paz, premio nobel de literatura en 1990, que “un pueblo comienza a corromperse cuando se corrompe su gramática y su lengua”. Hoy hablamos mucho, pero las palabras no significan nada. Nos apoyamos en ellas para seguir hablando, conscientes de que no significan nada. También en la Iglesia tenemos el peligro del “hablar vacío”: homilías, documentos, palabras que se dirigen al aire, sin pensar en quien debe leer y escuchar. “Que toda palabra escuchada sea para nosotros enseñanza, que toda palabra dicha

sea motivo de consuelo” (María di Campello). No confundamos la auténtica conversación con el decir di-charachero.

El “porqué” de la “conversación”

Uno de los males más serios que puede afectar a una comunidad es la poca o nula calidad de sus conversaciones. Se constata en la obviedad de lo que se dice (¡hace calor o frío!, dice la radio o la TV...), o en los silencios que median en una reunión comunitaria (unos que hablan por hablar porque no soportan el estar juntos en silencio, y otros que sistemáticamente callan y se muestran desconectados).

Una conversación carece de calidad cuando se evita en ella compartir ideas, sentimientos, sueños; cuando se recurre al tópico, a lugares comunes, a frases con poco o nulo sentido. El resultado suele ser la emergencia



de un ambiente de relaciones vulgares, poco significativas, estériles. ¡Nada extraño que tales reuniones resulten poco deseables y pesadas!

Los tiempos del silencio

Pasaron ya los tiempos en que tanto se valoraba el silencio. Hasta nos confesábamos de “haber faltado al silencio”.

En contrapartida, nuevas líneas de espiritualidad nos piden hoy hacer del silencio la matriz de nuestra vida espiritual: “En el centro soy silencio”, dice un maestro espiritual actual. O también se nos invita a formar parte de “los amigos del silencio” (Pablo d’Ors).

En este contexto resulta curiosa la invitación a ser “amigos de la conversación”, a crear “comunidades conversacionales”. Esta invitación no quiere decir que hablar por hablar sea bueno, porque eso no cambia necesariamente los sentimientos o las ideas propias o las de los demás!. Lo que sí es muy bueno es entablar conversaciones significativas, generativas. Y estas conversaciones sí que nacen del “silencio” o de la entrada en el misterio interior de cada uno de nosotros. Quien conversa consigo mismo y con el Misterio que nos habita, después conversa con los demás. La auténtica conversación “convierte y nos hace obedientes a la verdad” (Humberto Maturana), transforma. Existen muchísimos poemas sobre el amor; prácticamente ninguno sobre la conversación. Conversar puede ser peligroso para el “statu quo”.

Hacia la “nueva conversación” del siglo XXI: los temas

Cada nueva época cambia sus grandes temas de conversación. También hoy nuestros temas de conversación –y me refiero ahora a nues-

tras comunidades y también a las familias– cambian o deben cambiar.

Hay quienes reclaman la “nueva conversación” del siglo XXI. Esta no debe tener como objetivo desarrollar el habla, sino cambiar a las personas, prender en ellas fuego. Es mucho más que emitir y recibir información, o intentar sorprender a los demás con nuestras palabras. La auténtica conversación nos lleva a entrar en una aventura, porque nos pone en trance de cambiar nuestra manera de ver el mundo e incluso puede cambiar el mundo a causa de la maravillosa ecología de las ideas o de la mente.



**Hoy estamos necesitando
un nuevo discurso,
un nuevo relato**

Para las personas escépticas, para quienes nuestro mundo está regido por el determinismo de las fuerzas económicas, políticas o por las superpotencias, el conversar no sirve de nada: es bla-bla-bla. Para tales personas conversar es inútil: pura distracción, pura tertulia y diversión; y añaden: “¡conversando... nada cambia!”.

Para quienes, sin embargo, entienden que la fuerza que rige el mundo es el amor, la cooperación, el intercambio cultural, generacional, religioso... ya no hay escepticismo, sino esperanza: ¡las conversaciones pueden cambiar el mundo! Jesús mantuvo una extraordinaria y sorprendente conversación con la humanidad de su tiempo. La inició en un pequeño espacio de la tierra, pero después sus ondas llegaron a los confines del Im-

perio romano. ¿No sucedió así en el Renacimiento, la Ilustración, la Modernidad, la Posmodernidad...? ¡Revoluciones que surgieron de conversaciones!



Conversamos para hacer que se encuentren nuestras mentes. La conversación es como una chispa

Hoy estamos necesitando un nuevo discurso, un nuevo relato... “nuevas conversaciones”. Las conversaciones expanden nuestra conciencia. Y así lo constatamos. ¡Nuestra conciencia puede abrirse hoy a una extraordinaria expansión!

Quienes, en cambio, desean mantener el “statu quo”, que nada cambie, sospechan y se sienten amenazados por las conversaciones y hay quienes introducen palabras-talismán para acallar las protestas: palabras utilizadas como armas de guerra –más poderosas que cañones– para subyugar a millones.

El arte de las conversaciones “generativas”

Hoy nos preguntamos: ¿qué estamos haciendo con nuestro poder conversacional? No conversamos para dar información ni meter ideas en la cabeza de los demás. Conversamos para hacer que se encuentren nuestras mentes y aporten sus recuerdos y costumbres distintas. La conversación es como una chispa que brota de dos mentes. Las pausas en una conversación no hacen ningún daño. Ayudan a re-pensar. Personas calladas han sido capaces de expresar sus

ideas y nos han sorprendido. “Generar una conversación entre iguales es, en este momento, el arte supremo”.

Mediante el intercambio verbal, contribuimos al desarrollo intelectual, moral, emocional. Estamos entrando en una nueva era de la conversación.

En esta aventura, la comida familiar desempeña un papel central... una buena conversación durante la comida es un arte que aún tenemos que desarrollar. Comer juntos ha sido con frecuencia un acto parecido a un servicio religioso que celebraba el hecho de estar juntos y pertenecer a la misma comunidad, pero que no implicaba necesariamente una conversación. Mantener una conversación durante las comidas implica un tipo de hambre especial.

El gran filósofo francés de la gastronomía Brillat-Savarin distingue entre los placeres de la comida y los placeres de la mesa. De los placeres de la mesa forma parte importantísima la charla agradable sobre temas que valen la pena. Compartir los alimentos puede contribuir a crear una sensación de bienestar y simpatía, pero también ofrece mucho más. Si siempre sirves exactamente el mismo tipo de alimentos, pronto se acabarán las cosas que se pueden decir sobre estos... En la actualidad estamos empezando a regresar a la idea de que comer consiste en participar en el proceso de la naturaleza.

La conversación, como las familias, muere cuando es endogámica. O cuando nuestros invitados tienen más o menos las mismas experiencias que nosotros. Resulta raro que personas de la misma profesión o con las mismas aficiones produzcan una charla inspiradora cuando se encuentran. La comida familiar o comunitaria es ideal para dejar de hablar de trabajo y para mezclar diferentes



tipos de conversaciones, explorar territorios nuevos.

“No olvidéis la hospitalidad... porque por ella, sin saberlo, algunos hospedaron ángeles” (Hb 13,2).

En la sociedad posmoderna y digital de hoy se observan escenas donde los iPad, las tablets, los móviles, dominan abrumadoramente el contacto humano. La mente, multiestimulada, está distraída. Prima lo urgente sobre lo importante, la velocidad sobre la calma.

El arte de la conversación dice que “otra comunidad es posible”

Hemos de recuperar el arte de la conversación en nuestras comunidades. Así volveremos a ser comunidades para el encuentro de mentes, corazones que intercambian y comparten experiencias, intuiciones, dudas, miedos. Una conversación fluye y avanza sorteando barreras. La conversación no solo vuelve a barajar las cartas, icrea cartas nuevas!

La conversación requiere la capacidad de: formular preguntas inteligentes, escuchar con empatía y paciencia, ponderar el silencio, ser un interlocutor sonoro, leer los mensajes de un cuerpo maltratado (mirada, timbre de voz, postura, gesto, expresarnos con brevedad y claridad –es ahí donde más brilla la palabra–).

”

La charla sin reflexión está vacía. Pensar consiste en juntar ideas que jueguen entre ellas

“Pensar es hablar con uno mismo, conversar es encuentro y creatividad”. La charla sin reflexión está vacía. “Cambia la forma de pensar y ayudarás a cambiar el mundo” escribe Theodore Zeldin.

Considero que pensar consiste en juntar ideas, que las ideas jueguen entre ellas, que aprendan a bailar y a abrazarse. Esto lo aprecio como un placer sensual. Las ideas nadan constantemente en el cerebro, buscando como si fueran espermatozoides el óvulo con el que puedan unirse para producir una nueva idea. El cerebro está lleno de ideas solitarias que le están pidiendo que les dé sentido y que las reconozca como interesantes. El cerebro perezoso sólo las clasifica en viejos compartimentos, como un burócrata que quiere una vida fácil. El cerebro activo recoge, elige y crea nuevas obras de arte a partir de las ideas².

”

Las conversaciones con Dios han tenido una influencia enorme en el comportamiento de la gente

Conversaciones con Dios

Hay, en fin, muchas personas afirman que mantienen conversaciones con Dios. La Biblia nos ofrece tales conversaciones en las más variadas circunstancias. Los Salmos tiene frecuentemente la configuración de auténticas conversaciones con el Misterio divino: conversaciones de alabanza o de lamentación, de súplica o de acción de gracias.

Las conversaciones con Dios han tenido una influencia enorme en el comportamiento de la gente y de los pueblos a lo largo de la historia. Quien conversa con Dios siente el impulso y la incitación hacia acciones atrevidas, o el consuelo en situaciones de infortunio. La conversación de

los místicos puede proporcionar un buen punto de partida para la discusión sobre el arte del desapego, de no sentirse abrumado por el sufrimiento humano.

Conversaciones con “los otros”

La conversación nos enfrenta con la complejidad humana de cada persona, de cada individuo, de cada grupo. El conversar con toda esa complejidad nos vuelve humildes, pero también nos inyecta el gozo de compartir la humanidad con “otros” en el respeto mutuo. Después de semejantes conversaciones, algo se transforma en nosotros. No seguimos siendo la misma persona.

Estamos en el tiempo de lo “inter”, de la expansión de la conciencia, de la nueva conciencia. La conversación convierte y transforma.

1 Cf. THEODORE ZELDIN, *Conversation*, The Harvill Press, London, 1998.

2 THEODORE ZELDIN, *Conversación. Cómo el diálogo puede transformar tu vida*, 6. Cómo la conversación estimula el encuentro de las mentes, Plataforma Editorial (2 enero 2019).

La conversación espiritual

(Método usado en la XIV Asamblea del Sínodo de los Obispos)

La conversación espiritual se centra en la calidad de la capacidad de escucha, así como en la calidad de las palabras pronunciadas. Esto significa prestar atención a los movimientos espirituales en uno mismo y en la otra persona durante la conversación, lo que requiere estar atento a algo más que a las palabras expresadas. Esta cualidad de la atención es un acto de respeto, acogida y hospitalidad hacia los demás tal y como son. Es un enfoque que toma en serio lo que ocurre en el corazón de los que conversan. Hay dos actitudes necesarias que son fundamentales en este proceso: escuchar activamente y hablar desde el corazón.

El objetivo de la conversación espiritual es crear una atmósfera de confianza y acogida, para que las personas puedan expresarse con mayor libertad. Esto les ayuda a tomar en serio lo que ocurre en su interior al escuchar a los demás y al hablar. En última instancia, esta atención interior nos hace más conscientes de la presencia y la participación del Espíritu Santo en el proceso de compartir y discernir.

La conversación espiritual se centra en la persona a la que escuchamos, en nosotros mismos y en lo que experimentamos a nivel espiritual. La pregunta fundamental es: “¿Qué está pasando en la otra persona y en

mí, y cómo está actuando el Señor al respecto?”.

a) *Escucha activa*

- Mediante la escucha activa, el objetivo es intentar comprender a los demás tal y como son. No solo escuchamos lo que la otra persona dice, sino también lo que quiere decir y lo que puede estar experimentando a un nivel más profundo. Esto significa escuchar con un corazón abierto y receptivo.
- Esta forma de escuchar es “activa” porque implica prestar atención a más de un nivel de expresión del otro. Para ello, hay que participar activamente en el proceso de escucha.
- Escuchamos al otro mientras habla y no nos centramos en lo que vamos a decir después.
- Acogemos, sin juzgar, lo que dice la otra persona, independientemente de lo que pensemos de ella o de lo que haya dicho. Cada persona es experta en su propia vida. Debemos escuchar de manera que estemos “más dispuestos a dar una buena interpretación a lo que el otro dice que a condenarlo como falso” (Ejercicios Espirituales de San Ignacio, nº 22).
- Debemos creer que el Espíritu Santo nos habla a través de la otra persona.

- Acoger sin prejuicios es una forma profunda de acoger al otro en su radical singularidad.
- Escuchar activamente es dejarse influir por el otro y aprender de él.
- La escucha activa es exigente porque requiere humildad, apertura, paciencia e implicación, pero es una forma eficaz de tomar en serio a los demás.

b) Hablar desde el corazón

- Esto significa expresar con sinceridad la propia experiencia, los sentimientos y los pensamientos.
- Implica hablar de la propia experiencia y de lo que uno piensa y siente de verdad.
- Nos responsabilizamos no solo de lo que decimos, sino también de lo que sentimos. No culpamos a los demás de lo que sentimos.
- Compartimos la verdad tal y como la vemos y la vivimos, pero no la imponemos.
- Hablar desde el corazón es ofrecer un regalo generoso al otro, a cambio de ser escuchado activamente.
- Este proceso se enriquece enormemente con una práctica personal regular de autoexamen en oración. Sin un hábito de discernimiento y conocimiento de uno mismo y de cómo Dios está presente en la propia vida, no se puede escuchar ni hablar activamente desde el corazón.

En resumen, ¿cuáles son las actitudes deseadas para la conversación espiritual?

- Escuchar activa y atentamente.
- Escuchar a los demás sin juzgarlos.
- Prestar atención no solo a las palabras, sino también al tono y los sentimientos del que habla. Evitar la tentación de utilizar el tiempo para preparar lo que vas a decir en lugar de escuchar.

- Hablar con intención.
- Expresar tus experiencias, pensamientos y sentimientos con la mayor claridad posible.
- Escuchar activamente, teniendo en cuenta tus propios pensamientos y sentimientos mientras hablas.
- Controlar las posibles tendencias a centrarte en ti mismo al hablar.

Pasos básicos para llevar a cabo una conversación espiritual

(Tiempo estimado: 2 horas)

1. Preparación:

Antes de acudir a la reunión del grupo, los participantes llevan a cabo un tiempo de oración y reflexión personal sobre el tema en cuestión. Por lo general, se proporciona información de fondo, así como algunos puntos y preguntas para la oración. Se puede reservar un tiempo adecuado de entre 30 minutos y 1 hora para ello. Al final del momento de oración, los participantes hacen un balance de sus frutos y deciden qué van a compartir con el grupo.

2. Reunión:

Lo ideal es que cada grupo esté formado por unas 6-8 personas. Se nombra un facilitador para la reunión del grupo y este da la bienvenida a todos los participantes. Se dice una oración de apertura y cada persona puede compartir una o dos palabras que describan su estado interior en ese momento. El facilitador también puede recapitular brevemente la secuencia de pasos como se indica a continuación. Por lo general, también se solicitan voluntarios para tomar notas y controlar el tiempo.

3. La primera ronda:

Cada persona se turna para compartir lo que ha sucedido durante el

tiempo de oración personal y comparte los frutos de su oración. Todos tienen el mismo tiempo para hablar (por ejemplo, 3 minutos). El objetivo es escucharse unos a otros en lugar de limitarse a pensar en lo que uno quiere decir. Se invita a los participantes a abrir sus corazones y mentes para escuchar a quien está hablando, y estar atentos a cómo se mueve el Espíritu Santo. Entre cada persona, el grupo puede hacer una breve pausa para asimilar lo que se ha dicho. Durante esta ronda no hay discusiones ni interacciones entre los participantes, excepto para pedir aclaraciones sobre una palabra o frase si es necesario.

4. Silencio:

Se guarda un tiempo de silencio, durante el cual los participantes atienden a cómo se han sentido durante la primera ronda, qué les ha impactado al escucharla y cuáles han sido los puntos notables de consuelo o desolación, si los hay.

5. La segunda ronda:

Los participantes comparten lo que ha surgido en su interior durante el tiempo de silencio. Nadie está obligado a hablar, y los participantes pueden compartir espontáneamente sin ningún orden en particular. No es un momento para discutir o refutar lo que otro dice, ni para sacar a relucir lo que los participantes olvidaron mencionar en la primera ronda. Es más bien una oportunidad para responder a preguntas del tipo:

- ¿Cómo me ha afectado lo que he escuchado?
- ¿Hay un hilo conductor en lo que se ha compartido? ¿Falta algo que esperaba que se dijera?
- ¿Me ha conmovido especialmente alguna de las intervenciones?

- ¿He recibido alguna visión o revelación en particular? ¿De qué se trata?
- ¿Dónde he experimentado una sensación de armonía con los demás al compartir con ellos?

Esta segunda ronda permite al grupo darse cuenta de lo que les une. Es aquí donde comienzan a manifestarse los signos de la acción del Espíritu Santo en el grupo, y la conversación se convierte en una experiencia de discernimiento compartido.

6. Silencio:

Se guarda otro tiempo de silencio para que los participantes observen cómo se han sentido durante la segunda ronda y, en particular, qué puntos clave parecen estar surgiendo en el grupo.

7. La tercera ronda:

Los participantes comparten lo que ha surgido del tiempo de silencio anterior. También pueden tomar nota de las formas en que el Espíritu Santo puede estar movilizando al grupo. Una oración de agradecimiento puede concluir la conversación.

8. Revisión e informe:

Por último, el grupo puede repasar y reflexionar brevemente sobre el desarrollo de la conversación y decidir cuáles son los puntos principales de la misma. 

HABLANDO EN DIALECTO



Salón de belleza

Dolores Aleixandre

SGDO. CORAZÓN DE JESÚS (MADRID, ESPAÑA)

Comento con una amiga laica el estupor que me ha causado ver el anuncio del documental: “*Navidad en casa de Isabel Presley*” y mi asombro de que, a estas alturas, aún exista alguien interesado en qué le pasa a esta señora, a su casa y a sus gustos decorativos. Me arrepiento en el acto de haber hecho el comentario y de no acordarme de que mi amiga es adicta al *HOLA*, ya ha visto el reportaje y está deseando contarme detalles. Por ejemplo, cuánto le ha escandalizado que la susodicha señora acuda cada mañana a un salón de belleza para retocarse cualquier mínimo desperfecto que haya podido sobrevenirle en su físico; me lo dice convencida de que, dada mi condición de religiosa, voy a estar de acuerdo con ella. Pero para su sorpresa, no solo no me uno a su escándalo, sino que opino que esa costumbre de la famosa me parece sensata, acertada y digna de admiración.

Ante su descoloque, le amplí las causas de mi reacción y por qué me parece una costumbre imitable: –“Si para ella es esencial su aspecto, hace bien en cuidarlo, dedicarle tiempo y defenderlo de las terribles amenazas que le acechan por

el paso del tiempo: las terribles patas de gallo, las canas deladoras, la catástrofe de esos 200 gr. de más descubiertos en la báscula...”.

Ya sola continúo con el tema para, siguiendo el consejo de san Ignacio, *reflectir para sacar algún provecho* y tomo como propósito del nuevo año dedicar más atención a los estragos que me acechan en aquello que quiero sea esencial en mi vida. Necesito dedicar más tiempo a mirarme en el espejo de la mansedumbre de Jesús y preguntarme si no me estarán saliendo arrugas en la cordialidad o en la capacidad de disculpa en la comunidad; si no se me estarán volviendo legañosos los ojos al ver más las sombras que la belleza de mis hermanas; si no estaré necesitando hidratar mi paciencia, que se vuelve reseca y rasposa en cuanto las cosas no salen como a mí me gustan...

En resumen: qué ajena está “*la Presley*” de imaginarse para cuántas cosas me está sirviendo el dichoso documental... **VR**

RETIRO MENSUAL



2

**PEREGRINAR
CON ESPERANZA**

Juan Carlos Martos, CMF

PEREGRINAR CON ESPERANZA

Para los consagrados, el mes de febrero brilla con luz propia en la fiesta de la Presentación de Jesús en el Templo. Celebramos la Jornada Mundial de la Vida Consagrada. Acompañamos a María que nos muestra a Cristo como luz para que nosotros mostremos al mundo su luz, ino la nuestra! ¡Que Él ilumine con la esperanza!

Nuestro retiro lleva como título: “Peregrinar con esperanza”. *Peregrinar* es un verbo que incluye una acción continua y persistente, propia de quien no se rinde ante el cansancio, sostenido por el coraje de la fe. *Con esperanza* indica el modo concreto de encaminarse hacia un futuro prometedor y rico de vida. Nos

ayudará a profundizar en estas actitudes la intrigante historia de José, el hijo de Jacob, uno de los que “*esperaron contra toda esperanza*” (Rm 4,18).

Los tiempos que atravesamos hoy los consagrados son “*delicados y duros*”¹. La esperanza nos enseña a creer que en lo más profundo de la historia se esconde siempre un bien. «Esperanza» es palabra central de la fe bíblica, hasta el punto de que en muchos pasajes las palabras «fe» y «esperanza» son intercambiables. La fe tiene que ver con nuestra relación con Dios y la esperanza con la relación que mantenemos con todo lo creado, incluida la historia. Esperar significa vivir sabiendo que en cada cosa hay oculto algo bueno y que “*en lo insignificante surge lo inconcebible*” (H. U. Von Balthasar).

El “síndrome” de José

Antes de adentrarnos en la historia de José tengamos presente lo que está escrito en el libro del Levítico: “*No guardarás odio a tu hermano*” (Lv 19,17). El Génesis desconcertantemente está franqueado por un paréntesis de fraternidad fallida: al inicio, con la historia de los hermanos Caín y Abel; y al final con la historia de José y los suyos. Es como si la Palabra estuviera sugiriendo que el lugar crítico de nuestras esperanzas gravita siempre en torno a la relación entre hermanos. No confundamos hermanos con amigos. A los amigos los podemos escoger, pero los hermanos nos vienen dados.

La fraternidad, siendo un don, inevitablemente gesta en su seno elementos nada deseables: celos, envidias y, a veces, la violencia y la muerte (hay muchos modos de matar a Abel). Con frecuencia esas conductas tienen un mismo ori-

gen: no aceptar que *“el padre ama de forma irrepitable a cada uno”*. A menudo, cuando nos comparamos con los demás intuimos que los preferidos son ellos o él, no nosotros. Padecemos así el *síndrome de José*, una dolencia espiritual que toma la forma de profundo rencor que nos repite machaconamente: “mi hermano es más amado que yo”. El *síndrome de José* termina convirtiendo a cada José –cada preferido– en blanco de juicios y envidias de quienes se sienten, con razón o sin ella, injustamente preteridos.

José, su padre y sus hermanos (Gn 37 y 39-45)

La historia de José es una breve novela escrita con arte refinado donde se narra la grave crisis familiar en torno al hijo predilecto de Jacob y a la vez odiado por sus hermanos. Es recomendable leer directamente en la Biblia el camino lento y fatigoso de José en esa crisis. Lo visualizamos en episodios.

La envidia de los hermanos de José (Gn 37,2-11)

Todo comienza con dos hechos: José era el hijo preferido de Jacob, quien en cierta ocasión le regaló una hermosa túnica. Además era un soñador que contaba sus sueños a sus hermanos. Por estas dos razones, estos *“le tenían envidia”* (Gn 37,11).

La predilección podría ser algo deseable, pero en realidad no pocas veces acarrea complicaciones. Al predilecto todo se le vuelve complicado. El favoritismo de Jacob le acarreo a José un serio enfrentamiento con sus hermanos a partir del regalo paterno de la túnica. ¿Será esa una prueba más de que Dios, al elegir a alguien, vuelve intrincada su vida?

Además José tiene *el don de soñar e interpretar los sueños*. En la mentalidad semita, a los sueños se les atribuía a menudo un carácter oracular: servían para transmitir mensajes divinos y para prefigurar el futuro. A esa capacidad de saber leer los acontecimientos podríamos llamarla hoy “don del discernimiento”. Ese don, que podría serle ventajoso a José, en realidad fue entendido como una insultante altivez, que desencadenó una envidia mayor. Los talentos del Señor, más que facilitar, le complicaron la vida. Cegados por el “síndrome de José” sus hermanos *“lo odiaron todavía más a causa de sus sueños y de sus palabras”* (Gn 37,8). No desestimemos otro detalle: entre José y sus hermanos, en ningún momento se entrecruza ni una sola palabra. Les absorbe un serio problema familiar de comunicación.



Todo problema de comunicación acarrea un inevitable deterioro de la relación

Rota la comunicación, se rompe la fraternidad (Gn 37,12-36)

Todo problema de comunicación acarrea un inevitable deterioro de la relación. Comunión y comunicación tienen la misma raíz. Cuando no se dialoga, cuando todos enmudecen, asfixian los brotes de la comunión. Si la comunicación está en crisis, también se deshace exponencialmente el vínculo entre las personas. ¿Hasta dónde puede llegar la fractura? Hasta lo más bajo, como nos muestra la historia.

Un día fue José a buscar a sus hermanos que pastoreaban en Dotán. Ellos, al verle venir, maquinaron cómo deshacerse de él. Tras arrojarlo a un pozo, determinaron venderlo como esclavo a unos mercaderes que se dirigían a Egipto. Después, con la sangre de un cabrito mancharon la túnica que regaló Jacob a José. Y con ella se presentaron ante su padre, comunicándole que José había muerto despedazado por un animal feroz. Ante la noticia, Jacob desgarró sus vestidos, se echó un sayal a la cintura e hizo duelo por su hijo durante muchos días. Por su parte, los mercaderes, llegados a Egipto, vendieron a José como esclavo a Putifar, personaje importante cercano al Faraón.



La prosperidad es precaria. Puede perderse en cualquier momento

De la esclavitud a la cárcel (Gn 39,2-20)

José pasó varios años de su vida como esclavo. Años, no días. Durante esa esclavitud, sus buenas cualidades y su rectitud moral le ganaron los favores de Putifar hasta tal punto que este comenzó a confiarle responsabilidades cada vez mayores en su hacienda. José supo corresponder a esa confianza optimizando sus bienes y llenando de prosperidad la casa de Putifar, sus tierras, sus cosechas (cf. Gn 39,2-6).

José comienza a progresar. Parecía que por fin corrían aires favorables y propicios. Pero todo esto se

va a derrumbar cuando la mujer de Putifar se enamora de él y le acosa llegando a proponerle el adulterio. José se resiste con todas sus fuerzas ante las insistentes propuestas de aquella mujer. Hasta que un cierto día, tras rechazar con firmeza los deseos libidinosos de la mujer, esta le denuncia ante Putifar, quien sin contemplaciones manda a José a la cárcel.

El episodio enseña que la prosperidad es precaria. Puede perderse en cualquier momento. Todas las peripecias, injusticias y vicisitudes por las que este joven pasa, nos llevan también a preguntarnos: ¿Por qué? ¿Qué sentido tiene este enredo doloroso? ¿Por qué Dios no interviene? ¿Por qué no acude a defender a este hombre justo de la perfidia?

Una impensable escalada social (Gn 40,1-57)

Pero la historia de José no termina ahí. Ya en prisión vuelve a ganarse el aprecio del jefe de la cárcel y también de los prisioneros (cf. Gn 39, 20-23) creando en torno a sí un ambiente de favor. Ha de pasar todavía unos años en la cárcel hasta que las pesadillas nocturnas del Faraón consigan que uno de sus sirvientes recuerde los dotes de José para interpretar sueños y se lo haga saber a su señor. A partir de ahí, una vez más, José irá emergiendo de los infiernos de la prisión hasta convertirse en la persona más influyente de Egipto, a la sombra del mismo Faraón.

Ante esta meteórica y deslumbrante escalada podemos preguntarnos cómo se hace para mantener la esperanza cuando las cosas van mal. ¿Cómo conservarla cuando todo parece estar perdido, cuando los hermanos le venden, cuando quien más le quiere, como es su

padre, cree que ha muerto, cuando vuelve a ser traicionado por una perversa mujer? Cuando no hay atisbos de deshacerse de tanto infortunio, ¿cómo sobrevivir?

Precisamente en la adversidad es donde José se muestra como una obra maestra de la esperanza. Con todos los factores en contra, en un momento de completa oscuridad y sin tener el menor indicio que le permita barruntar un cambio favorable, no se desespera. ¿Qué razones puede haber para ello?

El reencuentro con sus hermanos y el perdón (Gn 45-46)

Estando las cosas así, sobreviene una carestía que invade todo el país de Jacob, y sus hijos se ven obligados a ir a mendigar a Egipto. Ni se imaginan que quien distribuye los víveres y recursos es precisamente su hermano José. Al encontrarse con él, no le identifican. José sí que los reconoce a ellos, pero se frena movido por el comprensible deseo de darles un merecido escarmiento. De ahí que exija a sus hermanos, cuando aún ignoraban quién era él, que traigan a Egipto a Benjamín, el hermano menor. Ellos acatan la orden. A su regreso José, con una argucia, esconde en el saco de Benjamín una valiosa copa simulando un robo. Cuando ya se marchaban, ordena que registren sus mercancías. Benjamín parece ser culpable. La sentencia es retenerlo como esclavo. Los hermanos, que en el pasado habían vendido a José, actúan de diferente modo en esta ocasión. Tratan de salvar a su hermano menor de la condena. Incluso Judas se ofrece a ocupar su lugar.

En aquel instante, José no consigue contenerse más (cf. Gén 45, 1-15) y entre lágrimas se da a co-

nocer a sus hermanos diciéndoles: *“Yo soy José, vuestro hermano”* (Gn 45,4). Esta confesión es además de conmovedora, sugestiva. ¿Qué judío o que cristiano no ha llorado con este reencuentro? Lo que más emociona es la lectura sapiencial con la que José les cuenta su versión de la historia: *“He vivido todo este dolor, todo este infierno, porque Dios tenía en mente amarnos a todos a través de mi sufrimiento. No habéis sido vosotros los que me trajisteis hasta aquí, sino que fue Dios quien me condujo hasta aquí delante de vosotros”* (Gn 45, 5).



Dios ha permitido que ocurra todo eso porque tenía un proyecto mucho más grande

¿Cuál es la interpretación inmediata que pudo hacer José? La de sentirse víctima de la cruel injusticia de sus hermanos. ¿Y cuál es la lectura sapiencial que hace al final? Una historia esperanzada: Que Dios lo ha conducido hasta allí. Y que ha permitido que ocurriera todo eso porque tenía un proyecto mucho más grande en el fondo de aquella cadena de desgracias.

¿Qué nos enseña historia de José? La esperanza “en acción”

La historia de José nos da claves simples y esenciales para acercarnos a la realidad de nuestra vida consagrada, contemplarla con los ojos del corazón y encontrar motivos para seguir esperando. No sabe-

mos si nos espera por delante una gran historia. Tampoco hemos de ser triunfalistas al recordar nuestro pasado. Miremos, ante todo, el futuro hacia el que nos empuja el Espíritu. Posiblemente estemos asistiendo al final de un determinado modelo de vida consagrada, pero no al final de la misma. Nuestro tiempo es una gran oportunidad para quienes se atreven leer la presencia del Señor en la historia y, desde esa certeza se aventuran a esperar confiadamente el futuro.



Los signos de esperanza suelen aparecer de la mano de los signos de muerte

La esperanza es lo último que se pierde; José tampoco la perdió. Su vida es como una historia de esperanza “en acción”. Pero no se apela a ella ni se la define a lo largo del relato. Simplemente se narra. ¿Qué nos enseña la figura de José a los consagrados?

- *A ver más allá.* La realidad trasciende la misma realidad. A cada paso nos vemos obligados a cargar con contrariedades que se nos imponen. Esos momentos, que ni entendemos ni aceptamos, son ocasión propicia para hacer nuestro el razonamiento de José: “Si es real esta adversidad que carga sobre mis hombros, entonces puede ser que Dios tenga un plan para mí con este sufrimiento. Dios me está apuntando hacia un bien, que no es solo un bien para mí, sino un bien para todos. Pero si desconfío y abandono,

no solo me privaré de la luz, sino que privaré de ella a todo un pueblo. De mi paciencia en esta oscuridad depende su destino”. San Pablo muestra la dinámica de la paciencia cuando se atreve a decir: “Nos gozamos en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación produce paciencia; la paciencia, virtud probada; la virtud probada, esperanza, y la esperanza no defrauda” (Rm 5,3-5). La esperanza es una virtud y, por tanto, es resultado de un cultivo, del cultivo fecundo de la espera. No se sostiene en cálculos o pronósticos. Por estar enraizada en la fe, el presente se torna significativo y el futuro esperanzador.

- *A mantenernos en pie.* Los signos de esperanza suelen aparecer de la mano de los signos de muerte. Por eso esperanza y miedo con frecuencia van unidos. La falta de evidencias sobre el futuro genera turbación, que desmoraliza y debilita. Esos temores solo quedan superados cuando se tiene el arrojo de abandonarse en las manos de nuestro Padre, a veces con un gesto de irracionalidad que solo comprende el que ama. La esperanza no ve, presiente. Dios es más grande que el mal, como fue más grande que la injusticia de los hermanos de José y de la mujer de Putifar. Es más grande, tan grande que es inútil perder el tiempo pensando: “*¡Qué horrible es este mal! ¡Qué mal lo estoy pasando!*”. Es mejor decir: “*¡Espero en Ti, Señor! Lo sé... ¡Tú eres mi bien!*”. Diciéndolo se acaba por entender que todo contribuye para el bien. San Pablo subraya el vínculo íntimo y profundo que existe entre el don del Espíritu y la virtud de la esperanza cuando asegura que “la esperanza no defrauda, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros

corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado” (Rm 5,5). Seguirá siendo cierto lo afirmado en aquella vieja novela de André Maurois de la que sólo recuerdo el título: *Siempre ocurre lo inesperado*.

- *A contemplar cómo Dios actúa.* No se trata de crearse falsas ilusiones o expectativas, ni de caer en un simplismo mágico o milagrero. Se trata de aprender a confiar, a callar frente al misterio y a contemplar que “nada es imposible para Dios” (Lc 1,37). La esperanza nos prepara para avistar luz entre brumas y nieblas. No porque lo veamos todo claro, sino porque advertimos que todo es posible “en aquel que nos da su gracia” (cf. Flp 4, 13). ¿De qué manera? Jesús nos lo aclara al mostrarnos que la esperanza es como una semilla. Él mismo se ha hecho pequeño, muy pequeño, como un grano de trigo. Ha dejado su gloria celeste para venir hasta nosotros. Ha caído en la tierra. Pero todavía no era suficiente. Para dar fruto ha vivido el amor hasta el fondo, dejándose triturar por la muerte como una semilla se deja pudrir bajo tierra. Y allí, en el punto extremo de su abajamiento –que es también el punto más alto del amor– ha germinado la esperanza. La salvación se lleva a cabo en la historia, en cada realidad, en lo que ocurre. Por mucho que no lo entendamos al principio, Dios va entretejiendo una historia de salvación que se nos desvelará en su momento. Solo pide nuestro “Aquí estoy”.

- *A aceptar sabiamente la realidad.* La mayor parte de nuestro sufrimiento nace de no aceptar la realidad tal como se presenta. Los hechos suelen contradecir nuestras expectativas. Pero justo ahí es donde se abre una oportunidad a la esperanza. Toda realidad no deseada

provoca automáticamente la repulsa y la huida. La insatisfacción nos pone en fuga con la ingenua ilusión de llegar a encontrar otro lugar donde se realicen nuestros deseos. Y... tras una nueva decepción, se vuelve al punto de partida. La sabiduría consiste en sembrar en esa misma realidad una semilla. La realidad no se transforma por sí sola sin algo nuevo. Esa semilla es la esperanza activa que sana, restaura y transforma la realidad. Como hizo José. En sus labios no hay ni un reproche hacia sus hermanos. Solo les da una nueva clave de lectura de su pasada mala conducta que los desarma: “Yo soy José, vuestro hermano” (Gn 45,4). A partir de ahí, estalla el milagro de la reconciliación y de la concordia. No pidamos, pues, a Dios una vida diferente, sino un corazón diferente.



En toda circunstancia, también en la más adversa, el amor de Dios nunca falla

- *A tener paciencia.* La virtud teológica de la esperanza está vinculada con el valor humano de la paciencia. “*El amor es paciente*” dice san Pablo (1Co 13,4). Ambos generan la consolación. La paciencia es la capacidad de soportar, de llevar sobre los hombros –“so-portar”–, de permanecer fieles, incluso cuando el peso parece hacerse tan aplastante que asalta la tentación de maldecir y de abandonar todo o, lo peor, de eliminar a todos. La consolación, en cambio, es la gracia de saber perci-

bir y acoger en cada situación, incluso en las que vienen marcadas por la frustración, la presencia y la acción misteriosa y compasiva de Dios. Pablo habla de resistir «*con la alegría de la esperanza*» (Rm 12,12), porque en toda circunstancia, también en la más adversa, el amor de Dios nunca falla. Y así con el corazón visitado y habitado por su gracia y su fidelidad recuperamos la alegre esperanza y repartimos entre los hermanos lo poco que podamos de lo mucho que cada día recibimos de Él.

En el arte cristiano hay un icono de Cristo llamado *Christus patiens*. Representa a Jesús atado, con la corona de espinas, flagelado, sufriente, pero con una actitud de extrema mansedumbre, como si quisiera soportar aquel sufrimiento con una

paciencia infinita. Parece que la suya es una actitud heroica, pero no es heroísmo,... es astucia. Veamos. Si caes al agua y no sabes nadar, experimentas que si te agitas te ahogas, pero si permaneces tranquilo, llegas a mantenerte a flote. La paciencia produce algo así en nosotros. Cuando nos agitamos bajo la adversidad, quedamos absorbidos por ella, nos ahogamos. Si tenemos paciencia, nos mantendremos a flote sin ahogarnos. Hay una plenitud de vida inimaginable que proviene de la paciencia. Santa Teresa de Jesús lo supo bien: “*La paciencia todo lo alcanza*”. 

1 JUAN PABLO II, *Vita consecrata*, 13.

2 BENEDICTO XVI, *Spe salvi*, 2.

Preguntas para el diálogo comunitario:

- Nos aguardan tal vez tiempos difíciles. Hay que contar con fuertes sacudidas. ¿Cómo afrontarlos enraizados en la fe y constantes en la tribulación?
- La esperanza no es una recompensa a nuestra buena conducta o a nuestros éxitos. ¿O sí lo es? Intenta aclarar la relación que existe entre la rectitud de vida y la esperanza. La experiencia, a veces, lo contradice... ¿Hay algún dicho de Jesús que te ilumine en este “misterio”? Ora sobre esto. Pide luz.
- El “síndrome de José” nos hace caer en la cuenta de que en nuestro interior habita una *lógica de predilectos* y otra *lógica de la envidia*: celos, ira, etc. (cf. Gal 5,18-21). Esta puede convertirnos en verdugos de los demás. ¿Recuerdas conductas personales que desvelen ambas lógicas?
- En toda adversidad nos ha sido dado el poder de la esperanza, porque “*en todas estas cosas salimos triunfadores por medio de aquel que nos amó*” (Rm 8,37). ¿Dónde aprender a vivir la esperanza? ¿Te ha servido alguna vez el tener paciencia?

ALGO ESTÁ BROTANDO



Visitas con sorpresa

Miguel Márquez Calle

PREPÓSITO GENERAL DE LOS CARMELITAS DESCALZOS (ROMA)

En las visitas a cualquier persona y en cualquier circunstancia siempre hay tanto de sorpresa y descubrimiento... María visitando a su prima Isabel, con aquello de que fue 'aprisa hacia la montaña', que no fue corriendo, sino con el corazón en vilo y mariposas en el estómago, y aquello de brincarle dentro a Isabel el niño, tan simpático, y tan verdad.

Visito antes de Navidad a unas carmelitas en Roma. De esas mujeres que te hacen cosquillas dentro con su alegría contagiosa... Pero la sorpresa fue una foto en la mesita de entrada: parecía un mendigo, cara sonriente. Leo la fecha: 11 enero 1942 - 29 noviembre 2023. Alfredo Lantieri... Fallecido hacía un mes. Una de las jóvenes, María Amata, explica emocionada: era mi padre, desde siempre era enemigo de la Iglesia y discutía con los curas para convencerlos de su mentira. Escribió un libro contra la Iglesia. Pero a eso de los 42 años, entró en una iglesia para discutir con el cura. Era la primera vez que se veían. El cura le relató toda su vida (la de Alfredo); al terminar, Alfredo estaba en shock. Llegó a casa y pidió a los hijos y a la mujer rezar el rosario. Y comenzó otra vida... Ha muerto con 81 años, pasaba las noches delante del sagrario (literalmente). Sus últimas palabras fueron "Por siempre

gracias, mi amado Señor y mi Mamá María!" Cuando se convirtió, sus amigos, personajes importantes de Roma, dijeron: si Alfredo ahora cree en Dios, es que Dios existe, y algunos se convirtieron.

Acabo de visitar a las carmelitas de Tánger, allí está Guadalupe, de familia musulmana convencida, que un día entró a discutir con un pastor en una iglesia de Túnez y al poco tiempo de aquella conversación, se enamoró de Jesús... Ahora, postulante carmelita alegre y simpática, con esa inocencia y 'prisa' de María al visitar a Isabel, con esa luz de las 'frescas mañanas' que decía Juan de la Cruz. Se convirtió, con la oposición de toda su familia. Hace muchos años las carmelitas de Tánger no tenían una vocación. Ahora tienen dos, ella y otra joven de México. Dios las visita, y están por dentro brincando de alegría.

Estas Navidades he recibido la visita de Alfredo y de Guadalupe. En ellos me ha visitado la esperanza... ¿Qué visitas nos aguardarán y qué sorpresas de quien menos lo esperamos este año? Ojala nos visite la fe ardiente a los pies del sagrario de Alfredo y la valentía perseverante, contraviento y marea, de Guadalupe. ¡Cuánta falta nos hace A LA VIDA RELIGIOSA despertar, dejarnos visitar y brotar!



Heriberto García Arias

Confesiones de un sacerdote digital

A diferencia de los primeros discípulos de Jesús, que “dejaron inmediatamente las redes y lo siguieron” (Mc 1,18), este joven sacerdote digital ha decidido no dejar las redes, sino abrazarlas. Para el padre Heriberto García, abrazar las redes (sociales) es una forma de hacer llegar el Evangelio a muchos, sobre todo jóvenes, en la sociedad de la información.

Gonzalo Fernández Sanz
DIRECTOR DE VR

Lo conocí a través de internet en el otoño de 2022. No podía ser de otro modo, porque uno de sus domicilios, quizás el más frecuentado, está en las redes sociales. Desde hace unos años se ha ido a vivir al continente en el que viven los adolescentes y jóvenes. También él es casi un nativo digital. No tiene que hacer grandes esfuerzos para sintonizar con las generaciones que viven pegadas al teléfono móvil y casi todo –lo bueno y lo malo– lo reciben a través de él.

En internet hay mucha presencia de sacerdotes, religiosos y religiosas. Algunos hablan de recetas de cocina, música pop o asuntos de actualidad. Otros ofrecen catequesis más o menos instructivas y responden a preguntas sobre la fe cristiana. Durante la pandemia abundaron las retransmisiones en directo o diferidas de actos litúrgicos y devocionales. En medio de esta tupida selva no es fácil encontrar propuestas sugestivas que conecten con las búsquedas y necesidades de los jóvenes. El padre Heriberto García Arias –que así se llama este evangelizador digital–, mexicano de origen y universal por vocación, parece haber encontrado la fórmula. De hecho, son millones los adolescentes y jóvenes que lo siguen en *TikTok*, *Instagram*, *Facebook* y *YouTube*, las cuatro redes sociales en las que está presente.

Presentamos aquí un breve extracto del libro-entrevista que acaba de ser lanzado por la editorial Publicaciones Claretianas y que se puede adquirir en su página web, en las librerías especializadas o a través de Amazon.

Heriberto, a lo largo de estos años desde que empezaste a trabajar en las redes sociales, ¿cuál es el perfil de las personas

que te siguen? ¿Tienes una idea aproximada? ¿Coinciden más o menos con las personas con las que realizas un apostolado directo o son otro tipo de personas? ¿Son fundamentalmente jóvenes o hay de todas las edades? ¿Cuál es su procedencia? Te estoy acribillando a preguntas, pero es bueno saber quiénes son los receptores de tu mensaje.

Bueno, empecemos con la aplicación en donde tengo la comunidad más grande, *TikTok*. Es una comunidad de adolescentes y jóvenes. Normalmente, esa aplicación es para hacer copias de bailes y una especie de retos con filtros. La misma aplicación da todo lo necesario para hacer este tipo de cosas de entretenimiento y distracción. Es como un pasatiempo a base de cosas divertidas. El contenido lo hace la misma persona. Es muy fácil elaborar contenidos. Cualquiera puede hacerlo con ayuda de un filtro. De manera sencilla se puede hacer reír a tus amigos. En esta plataforma casi todos son adolescentes. Es mi comunidad más grande. Lo que hago es ofrecer reflexiones. A veces hago las mismas cosas que ellos hacen porque estaba acostumbrado a trabajar con adolescentes y jóvenes. Bueno, era una forma de estar en su mundo, ¿no? Y de tratar de entenderlos. Después sigue *Instagram*, que también es de alguna manera para jóvenes, pero ya un poco mayores. Los que usan *Instagram* son un poquito más grandes, aunque hay adolescentes que también lo utilizan. *Facebook* es, más bien, para gente adulta. Es la más antigua de todas las redes.

De hecho, los más jóvenes ya no entran ahí.

Ya no. Lo que ellos quieren es huir de los adultos. Si descubren, por ejem-

plo, que están sus tías en *Facebook*, entonces se brincan a *Instagram*. O, si quieren hacer contenido, se van a *TikTok*. Por último, subo contenido también a *YouTube*. Me he dado cuenta de que ahí es también gente adulta. En realidad, se trata de usuarios más variados, pero normalmente son personas que están en sus casas y ven la Eucaristía transmitida por la televisión. Me siguen porque en esa plataforma ven las reflexiones desde sus casas ya que, por lo general, no pueden ir a la iglesia. Cuando pienso en una reflexión, me doy cuenta de que tiene que estar dirigida a un público muy variado: desde un adolescente hasta un adulto o alguien que está postrado en cama.

Imagino que no todos los comentarios que recibes son agradecimientos y alabanzas.

Claro, hay también mucha gente que está mirando en qué momento voy a caer. Esa es la parte del *hate*, la parte del odio, la parte de aquellos que están en contra de la Iglesia. Suba lo que suba, siempre van a poner un mal comentario, siempre van a estar atacando, sobre todo si es un vídeo que, de alguna manera, se ha hecho viral. Cuando rebasas el límite normal de visualizaciones, te das cuenta rápidamente de que vas a recibir ataques, porque el mensaje está llegando a lugares en donde no querían ese contenido; total, ya lo vieron. Hay algunos seguidores que están vigilando lo que yo hago para atacar, y no precisamente a mí como persona, sino a la Iglesia, porque en realidad yo, que salgo con atuendo clerical, represento de alguna manera a la Iglesia. Aprovechan para atacar a la Iglesia con cosas de otros sacerdotes, de lo que sea, pero soy yo quien lo recibo en mis redes sociales.

Me gustaría saber qué buscan las personas que acceden a este tipo de contenidos. Internet es un océano en el que hay todo tipo de cosas, un inmenso supermercado. Cuando buscan a un cura que habla, que sube contenidos a sus redes, ¿qué están buscando en realidad?

Bueno, lo primero que hay que decir es que en las redes sociales no hay ni clericalismo ni jerarquía ni nada por el estilo. La gente elige libremente a quien seguir. Si les gusta tu contenido, te siguen; si no, lo dejan, porque hay muchísimas ofertas. Siento que la gente que de alguna manera me sigue está buscando algo. Para mí supone un compromiso tratar de ayudar espiritualmente a esa gente que, en el fondo, está buscando el encuentro con Dios, con lo divino.

¿Tú crees que esa es la búsqueda fundamental?

Sí. Veo que hay necesidad de lo trascendente. Hay mucha gente que no tiene acceso a un cura con facilidad. En internet lo tienen a la mano. Ahí tienen una reflexión de un minuto. ¡Claro que esto no suprime una participación mayor, pero se trata de un primer anuncio! Se convierte en un incentivo para que luego vayan y se conecten con su comunidad, con su parroquia, con su diócesis. Veo que entre los adolescentes hay mucha depresión, mucho desánimo, han vivido un poco de todo. Hay adolescentes de dieciséis, diecisiete o dieciocho años que ya han probado todo. Se llenaron y ya no hay nada que les sorprenda en la vida. Entonces viene el bajón. En esos momentos necesitan saber que están aquí para algo, que Dios los creó para algo, que son importantes para Dios. Si ellos descubren la Palabra de Dios, si caen en la cuenta de que hay algo

más que experiencias banales, entonces comienza a tener sentido su vida, descubren un Evangelio muy positivo que no consiste en señalar los pecados y atacar a medio mundo con las cosas que no están bien. Se trata, sobre todo, de dar esperanza, de motivar.

¿Crees que esta ha sido la razón principal de tu éxito en las redes sociales?

Sí, porque los adolescentes y jóvenes ven algo que les ayuda. Con frecuencia, de sus papás y de los maestros solo reciben críticas. O eso es al menos lo que ellos interpretan. Necesitan algo propositivo. Eso es lo que yo intento hacer para que la gente lo escuche. Es un contenido que no caduca. En el momento de la pandemia ayudó. Sigue estando ahí. La gente lo sigue eligiendo. No es que yo adapte el mensaje para ellos. Yo subo este mensaje propositivo -descubrir que estamos llamados para algo más grande, que todos necesita-

mos y queremos esa trascendencia- para que la gente pueda acercarse de alguna manera. No es, pues, adaptar el mensaje a la gente, sino adaptar el mensaje a los medios. El Cristo de siempre con los medios de hoy. Cristo siempre hacía eso, siempre motivaba, hablaba del Reino por medio de palabras, de parábolas, de lo que hoy llamamos *storytelling*. Al final, aplicaba el mensaje a las distintas situaciones: si eran sembradores, les hablaba de la siembra; si eran pastores, se refería a las ovejas y su cuidado; si eran pescadores, mencionaba las artes de pesca. O sea, adaptaba el mensaje a sus destinatarios. Creo que, en el espacio digital, hay necesidad de Dios. La gente no se acerca porque vea en mí a Dios, sino porque me ve como un instrumento que facilita la conexión con lo divino.

Las redes sociales, como todo, tienen su fecha de caducidad. Algunas tuvieron su apogeo, otras van disminuyendo.



Me imagino que alguna vez habrás pensado: «¿Y qué pasará cuando esto ya no diga nada?», porque la gente también se satura, ¿no? ¿Vas intuyendo otro tipo de cauces de comunicación, tanto en tu experiencia personal como en tus estudios? ¿Cuál va a ser el siguiente paso?

Bueno, yo siempre he sido consciente de que las redes sociales y cada una de las aplicaciones van a pasar, como ha sucedido en la historia con otras cosas. Ya está pasando con algo que hace tiempo parecía impensable. Me refiero a los libros. Ahora, debido a las redes sociales y a otros factores, parece que se van quedando atrás. Muchas bibliotecas se convierten en museos. Resulta doloroso, pero es parte de la historia del cambio. Sé que esto de las redes se va a acabar. Lo que trasciende al final –no me canso de repetirlo– es el mensaje. Nunca me he considerado un *influencer*. Que la gente eligiera mi contenido, el contenido de

un cura, fue una sorpresa. Pero eso no significa que me dedique solo a elaborar vídeos y a pasarme muchas horas editando. A veces, aprovecho que voy caminando. Grabo el vídeo y ya está.

Cuando pase la eclosión de las redes sociales, ¿te ves como un comunicador?

Sí, como cualquier cura, porque todos somos comunicadores, aunque sea en las actividades normales de una parroquia. Con los estudios que estoy haciendo ahora estoy enriqueciéndome muchísimo. Estoy aprendiendo cosas nuevas, estoy viendo los errores que he cometido. El mensaje sigue madurando. Me encuentro en un proceso de continua formación. En el futuro me veo en algo que no tiene que ver con las redes sociales.

¿Qué quieres decir exactamente?

Me veo haciendo contenido para gente no católica, no sobrealimen-



tando a los mismos católicos. Dios me está mostrando el nuevo camino porque me ha abierto muchas puertas, me ha dado muchas oportunidades y también me ha iluminado para saberlas elegir. De lo contrario, ya no hubiera estado en los proyectos que Dios me ha puesto. Como resultado de mi sobreexposición en las redes sociales, he tenido muchas propuestas y ofertas. Dios me ha guiado para escoger las más adecuadas. Lo siento como una llamada. Me siento feliz haciendo su voluntad. Estoy disfrutando muchísimo todo el proceso. Si terminan las redes sociales o evolucionan, la práctica actual no habrá sido en vano. Me está sirviendo de experiencia para comunicar mejor y tener un diálogo franco con muchas personas, porque en las redes sociales todo el mundo opina. Ese continuo *feedback* me enriquece como sacerdote. No es lo mismo hablar en una Eucaristía donde nadie responde o nadie te hace comentarios, que decir algo en las redes sociales donde el todo mundo puede opinar. Al final dices: «¡Ah, caray, sí, es cierto, me equivoqué en esto, puede ser esto!». Eso enriquece mucho.

Has dicho una cosa que yo creo que señala una línea de futuro. Has dicho que el riesgo en este terreno, como en otros, es sobrealimentar hasta producir una especie de obesidad espiritual a la gente, y olvidar los campos en los cuales no ha llegado ni siquiera el primer anuncio. Alguien que tiene el don de la comunicación, ¿cómo puede explorar esos campos a través de las redes sociales o de la evangelización del tú a tú? Muy pocos curas se atreven a entrar en el tú a tú porque eso los hace muy vulnerables desde el punto de vista intelectual y afectivo. Sin embargo, esta cercanía es lo que está llegando a mucha

gente adulta que busca. ¿No crees que lo que estás haciendo ahora es como un entrenamiento para una siguiente fase?

Sí, yo creo que se trata de algo cíclico, es retornar al primer encuentro. Creo que las redes sociales, como primer anuncio, motivan y preparan para la evangelización, pero no evangelizan. Cuando vas a la parroquia, cuando vas con un sacerdote, cuando vas y platicas con la gente, eso es lo que realmente llena el corazón, no un buen contenido virtual.

O sea, el tú a tú, el encuentro interpersonal.

Eso es. Las redes sociales suponen una motivación. Sirven para el primer anuncio del que hablaba Benedicto XVI, ayudan a acercarte a Dios. Esto es muy conveniente. ¿Por qué? Porque ahí están los adolescentes y los jóvenes. Son las nuevas plazas donde te vas a encontrar a los adolescentes. Ahora puedes ir a la plaza de un pueblo y no los vas a encontrar. Va ser muy difícil reunirlos en un salón parroquial. Incluso, si les hablas en las escuelas, no te van a poner atención. Sin embargo, si entras en su mundo, si usas sus medios, si les hablas con su lenguaje, te van a escuchar. No es algo opcional. Así como antes los misioneros iban a tierras lejanas a llevar el mensaje, ahora nosotros también tenemos que entrar en un territorio desconocido. Si queremos que el mensaje llegue “al confín de la tierra”, como nos dijo Jesús, no hay por qué dudar. Tenemos que utilizar los medios, los algoritmos, todo lo que sea posible para hacer llegar el mensaje. Yo creo que es nuestra responsabilidad. Si lo ven y lo rechazan, eso hay que dejárselo a Dios. 

EL ALTAVOZ



Alzar la mirada en comunidad

Silvia Rozas

HIJA DE JESÚS (MADRID, ESPAÑA)

Cada día me desplazo en metro por Madrid observando y observo a quienes me cruzo de escalera en escalera y de vagón en vagón. Durante treinta minutos el metro se convierte para mí en lugar de una presencia real del Señor, un espacio para contemplar nuestra pluralidad y nuestra uniformidad: Tantas diferencias... y en realidad... tan parecidos en las formas de caminar, de vestir, de mirar, de hablar, de soledades inmersas en pantallas y cascos que aíslan del presente y conectan con otras realidades... alguna que otra persona con el libro en mano, unos hablando entre ellos y la mayoría inundados por tristezas y alegrías. Todos viajamos juntos en el mismo vagón y, sin embargo, somos tan extraños y desconocidos unos de otros... Cuánto se agradece encontrarse con la mirada de alguien que sonrío...

El metro me recuerda cómo, algunas veces, vivimos en nuestras comunidades religiosas extraños unos de otros; juntos, pero sin conocer ni intuir las soledades de cada uno, sin saber interpretar los silencios y las ausencias... No es fácil afrontar los momentos comunitarios al final del día, tras el cansancio de la jornada, cuando el silencio se llena de palabras y pantallas (móvil, televisión, periódico o revista...). El individualismo se nos está colando de tal manera que podemos olvidar que vivimos en comunidad

por Jesús y con un proyecto de vida consagrada que es común. No hemos sido llamados a esta vida para desarrollar un proyecto personal sino para colaborar en un proyecto común. Y necesitamos tiempo personal para escuchar al Señor en la intimidad de nuestro corazón, cómo nos acoge con misericordia... la vida comunitaria necesita más que nunca ser cuidada, potenciada, participada... ¿Qué nos pasa que compartimos más y mejor en nuestros trabajos y hasta en la plaza pública de las redes sociales que con aquellos con quienes convivimos? ¿Qué necesitamos los religiosos para acogernos, escucharnos y caminar juntos con la mirada puesta en Jesús y en su Evangelio?

Alzar la mirada en el metro es el mejor de los ejercicios al comenzar al día... alzar la mirada en la comunidad y encontrarnos con los ojos de nuestros hermanos puede ser un momento sanador al terminar nuestro día y así dar gracias al Señor. Pero es necesario atravesar el desequilibrio entre lo personal y lo comunitario; la balanza se tambaleará, y ahí, en ese movimiento, nos acogemos y seguimos apostando por la gratuidad de formar parte de una comunidad. Es tiempo de sonreír en el metro... y de alzar la mirada. **VR**

TEOLOGÍA DE LA VIDA CONSAGRADA



La revista *Vida Religiosa* ofrece en estas páginas una selección de textos sobre la vida consagrada. Se trata de un recorrido por ideas, autores y aportaciones significativas de teología de vida consagrada. Los textos pretenden abrir los horizontes de sus temáticas para la formación permanente y el conocimiento de la teología sistemática de nuestro estado de vida.

Redacción de VR

No hay teología de las formas sin historia

Escribir historia obviando los orígenes es lo mismo que, en arquitectura, no tener en cuenta los cimientos de una casa. En efecto, la historia no es solamente algo que ha sucedido en el pasado: allí comenzó pero se sigue desarrollando en el presente hacia su cumplimiento definitivo. Estudiarla nos enseña a percibir los valores inmutables y permanentes que se esconden en los acontecimientos del pasado y los convierte en parte de nuestra vida. Solamente así llega a ser, como afirma la sabiduría popular, “maestra de vida”.

Todo el que conoce, aunque sea de manera sumaria, la historia de las diversas formas de vida consagrada, sabe que su forma actual, o sea, organizada y regulada hasta los mínimos detalles, es fruto de un largo proceso histórico. Y precisamente olvidar su dimensión histórica puede llevar a considerar esenciales algunos elementos que en realidad no son más que proyecciones socioculturales de una determinada época en un determinado territorio y, por tanto, poseen un valor relativo y transitorio. Como dice san Jerónimo, “muchos caen en el error, porque no conocen la historia”¹.

La historia de las “formas” de vida consagrada forma parte de la historia de la Iglesia; esto es, comparten las mismas, o parecidas, características específicas. Es una realidad de fe y un hecho humano, un misterio y una institución. Por ello podemos afirmar que la historia de la Iglesia es, al mismo tiempo, teología y ciencia histórica. Lo mismo hemos de

decir de la historia de la vida consagrada: nace en el seno de la Iglesia como un hecho de vida. Es indispensable conocerla en sus orígenes y en su evolución para poderla comprender teológicamente. El Vaticano II lo afirma: “La adecuada adaptación y renovación de la vida religiosa comprende a la vez el continuo retorno a las fuentes de toda vida cristiana y a la inspiración originaria de los institutos, y la acomodación de los mismos a las cambiadas condiciones de los tiempos” (PC 2).

En estas páginas [se refiere al libro del que se ha extraído este texto] trataremos de exponer los orígenes y primeros tiempos del monacato hasta san Benito de Nursia, padre de su desarrollo occidental. Tras un primer capítulo dedicado a la problemática de los orígenes, nos detendremos en los grandes personajes que, a partir de la segunda mitad del siglo III hasta la mitad del VI, fueron los protagonistas de las diversas formas monásticas en Oriente y Occidente.

¹ San Jerónimo, *In Matthaeum*, I, 2,22: CCL 70,15.

Matias AUGÉ, CMF. *Buscadores de Dios. Orígenes y primeros tiempos del Monacato*. Publicaciones Claretianas, Madrid 2015, 5-6.

La historia de la vida religiosa es una teología

La historia de las formas de la vida Religiosa solamente será inteligible si se considera como una parte integrante de la historia de la Iglesia. Lo cual quiere decir que la Historia de la vida religiosa ha de tener todas las características que configuran la especificidad de la historia de la Iglesia. Si, como dice la *Lumen gentium*, la vida religiosa surge de la vida misma de la Iglesia, solamente podrá alcanzar una inteligibilidad cumplida si se explica dentro del contexto eclesial en que viene a la existencia. El ser y el hacer de la vida religiosa no pueden estar disociados ni, mucho menos, enfrentados al ser y al hacer de los restantes estamentos del pueblo de Dios. Por consiguiente, si la historia de la Iglesia es simultáneamente *Teología y Ciencia histórica* propiamente dicha, de esas mismas cualidades ha de participar la historia de la vida religiosa. Historia y teología, en el caso de la Iglesia y en el caso de la vida religiosa, están íntimamente implicadas:

- No puede haber una auténtica Teología de la Iglesia ni una auténtica teología de la vida religiosa, si previamente no existe una historia de la Iglesia y una historia de la vida religiosa que las expliquen en todas sus complejidades en tanto que *hechos de vida*.
- Pero, por otra parte, no podrá existir una auténtica historia de la Iglesia y de la vida religiosa, si previamente no existe una cierta sistematización de la reflexión teológica sobre las mismas. Esto quiere decir que habrá que estudiar simultáneamente ambos aspectos,

el teológico y el histórico. Es decir, habrá que estudiar la historia de la vida religiosa con y desde una visión teológica. Y, a su vez, afrontar el estudio teológico de la vida religiosa con y desde una visión histórica. Melchor Cano decía ya en el siglo XVI que debe ser considerado ignorante y rudo el 25 teólogo en cuyas elucubraciones teológicas está muda la historia.

La historia de la vida religiosa, en cuanto parte de la Historia de la Iglesia, es una teología. Que la historia de la Iglesia es una teología se deduce del hecho de que Dios, al revelarse, ha hablado a los hombres en un determinado tiempo y en un determinado lugar. Tiempo y lugar constituyen las coordenadas de la historia. Y Dios, al hacerse hombre en Cristo, ha entrado de lleno en la historia. La Revelación y la Encarnación son los presupuestos de la historicidad del cristianismo: “Este plan de la revelación se realiza con hechos y palabras intrínsecamente conexos entre sí, de forma que los hechos realizados por Dios en la historia de la salvación manifiestan y confirman la doctrina y los hechos significados por las palabras; y las palabras, por su parte, proclaman los hechos y esclarecen el misterio contenido en ellos”.

Jesús ÁLVAREZ GÓMEZ, CMF. *Historia de la Vida Religiosa (I) Desde los orígenes hasta la reforma cluniacense*. Publicaciones Claretianas, Madrid 1996, 25-26.



Instituto secular Filiación Cordimariana

Olga Molina, Fc

Filiación Cordimariana, el Instituto Secular de la Familia Claretiana, nació en el corazón de san Antonio María Claret entre 1847 y 1850. Aunque se marchara dejándonos solo en letras de imprenta, recibió del Señor y nos transmitió los rasgos esenciales de nuestro carisma: la consagración plena de la vida, la permanencia en las estructuras seculares (“las circunstancias ordinarias de la vida”) y la vivencia en el

corazón de Nuestra Señora, nuestro peculiar “claustro”. Resulta imprescindible anotar, brevísimamente, algunos hitos históricos.

Nuestra “acta de fundación” es un libro. Un libro pequeño, de formato y de extensión, nacido como respuesta a una inquietud concreta, que ocupaba y preocupaba a san Antonio María Claret. Trabajó cuanto pudo por su publicación y posterior difusión. De ello hablan con elocuen-

cia las diversas ediciones, su cuidado en perfilar cada una mientras vivió y su empeño en difundirlo, sobradamente manifestado en su epistolario. La primera edición vio la luz en 1850 alentando, desde la primera hora, y a lo largo de casi un siglo, la entrega de las primeras Hijas del Corazón de María que lo abrazaron como norma de vida. No hubo, en esta primera hora, una organización ni una definición jurídica, pero el Espíritu del Señor mantuvo muy vivo, en la Iglesia y en el mundo, aquel pequeño fuego encendido por Claret.

A lo largo de la primera mitad del siglo XX, hubo varios intentos de darle una estructura jurídica, tanto en Europa como en la América de habla hispana. Pero fueron intentos esporádicos, aislados entre sí y que no tuvieron continuidad en el tiempo. Desaparecieron con las personas que los habían organizado. Tienen, no obstante, su importancia como expresión visible de que se veía, desde la primera hora, que la idea de Claret iba mucho más allá de unas orientaciones para quienes quisieran vivir, de forma estrictamente personal, este ideal de vida.

1943 fue el momento y Plasencia el ámbito para iniciar un proceso de visibilidad, de organización, de plenitud. El Espíritu del Señor determinó que todo estaba a punto y, como siempre, se sirvió de los corazones atentos a su Voz para que los sueños se pusieran en pie y echaran a andar, para encontrar su ámbito propio en la Iglesia y en el mundo. De esta suerte, al tiempo que convocaba a las nuevas Hijas del Corazón de María apremiándolas a constituir un solo cuerpo, encomendaba a sus hermanos, los Hijos del Corazón de María, la difícil tarea de cuidar, alentar, orientar y acompañar el proceso

hasta que el sueño de Claret tuviera la luz y la fortaleza necesarias para caminar por sí mismo. Hasta que fuera capaz, llegada su mayoría de edad, de sumarse por derecho propio, con su peculiar identidad definida y reconocida, al ejército de evangelizadores con que Claret, el soñador del XIX, quería incendiar el mundo.

La Iglesia, siempre Madre y Maestra, intervino pronto. El 8 de diciembre de 1959, a petición del Superior General de la Congregación de Misioneros, P. Pedro Schweiger, aprobó los Estatutos de Filiación Cordimariana mediante el decreto *Laetanti Animo*. Era el primer paso para reconocer oficialmente su origen, su unidad y su universalidad.

Transcurrieron solo 12 años hasta la nueva intervención eclesial, esta vez de la mano de un cardenal claretiano, Arturo Tabera, que firmó solemnemente, en Pamplona, el reconocimiento de Filiación Cordimariana como Instituto secular de derecho diocesano, el 19 de marzo de 1971. Solo faltaba un paso, en el que se empeñó con todas sus fuerzas el Gobierno General de Filiación Cordimariana de la mano de varios hermanos claretianos, sin cuya colaboración y asesoramiento tal vez no hubiera sido posible. El 21 de noviembre de 1973, apenas dos años, ocho meses y dos días después, el mismo cardenal Tabera, esta vez como Prefecto de la Sagrada Congregación, firmaba en Roma el decreto *Beata Virgo María* cerrando así un ciclo y sellando nuestra identidad en la Iglesia y en la Familia Claretiana.

En una síntesis escuetísima de nuestro don carismático, diremos que nos sentimos llamadas a ser mujeres con corazón, abiertas a la Palabra de la Vida, en actitud de escucha

incesante a la Voz del Misterio que habla en la Escritura, en la historia, en el silencio... y muy pendientes de los gritos de este mundo que clama por “algo más” que el sustento cotidiano y el bienestar de la técnica.

Una Hija del Inmaculado Corazón de María es una mujer dueña de sí misma, madura, que se sabe profundamente amada por Dios y responsable de ser testigo de ese amor, con una conciencia muy clara de su vocación de ser, en el mundo, prolongación viva del amor de la Virgen Madre. Enraizada en Dios, enamorada de Jesucristo y habitada por el Espíritu, al que quiere dejar actuar libremente, se siente llamada a ser creadora y recreadora de comunión. Como ella: acoge la Palabra y deja que se haga carne en su vida, sabiendo que es el mejor modo de prolongar la Maternidad espiritual de María, su Madre. No se acobarda ante su propia pequeñez porque sabe y experimenta cada día que, precisamente con lo pequeño, Dios puede hacer cosas grandes.

Siente en sí misma la imperiosa necesidad de contagiar la Palabra que habita en su entraña y no encuentra mejor modo de llevarla que sirviendo, con todo cuanto es y cuanto tiene, y compartiendo el gozo que alimenta su vida. Está siempre dispuesta a “ponerse en camino” para ir al encuentro de quien la necesite. Está permanentemente atenta a cuanto ocurre en su entorno para indicar el camino hacia el Único en quien toda carencia humana encuentra su remedio. Y para alcanzar este objetivo, se ejercita incansablemente en la tarea de mirar a su alrededor para percibir los signos de los tiempos y responder a ellos.

El inmenso mundo de las relaciones interpersonales, “en las condicio-

nes ordinarias de la vida”, se le ofrece como un ámbito privilegiado de anuncio de la Palabra de salvación. Sabe “estar” acompañando el dolor de los más pobres (en el sentido más amplio de esta palabra), estar junto al que sufre compartiendo la cruz desde su propia debilidad asumida y abrazada, sin dar lecciones, consciente de ser, también ahí, presencia del Señor.

Está presente en la comunidad que sigue al Señor con la misma actitud de Nuestra Señora, sosteniendo, desde el amor, a los demás hermanos y hermanas y sintiéndose sostenida a su vez, cultivando relaciones transparentes, suplicando cada día el don de amarnos mutuamente como el mismo Señor nos ama. Sabe que la unidad se nutre perseverando en oración con María, la Madre de Jesús. Se sabe llamada (y esta certeza es un inagotable fuente de gozo) a “morar” en el corazón de la Virgen Madre. En la esencia misma de su vocación, en el núcleo de su carisma cordimariano recibido del fundador, descubre que está llamada a ser “corazón” del mundo y de la Iglesia.

Finalmente, digamos que una Hija del Inmaculado Corazón de María no se cansa jamás de volver una y otra vez a la fragua del corazón de la Virgen fiel. En ese ámbito privilegiado de comunión y de entrega, busca, se sabe amada y es enviada a encender otros fuegos con el Fuego que la ha purificado y transformado. **VI**



El movimiento de un encuentro

A lo largo de sus diez años de pontificado, el papa Francisco ha acompañado de cerca a las personas consagradas. Presentamos aquí la síntesis de sus mensajes con motivo de la Jornada Mundial de la Vida Consagrada en la fiesta de la Presentación del Señor (2 de febrero).

Pedro Manuel Sarmiento
MISIONERO CLARETIANO

Cuarenta días después de Navidad celebramos la fiesta de la Presentación del Señor que, entrando en el templo, va al encuentro de su pueblo. Todos los años, puntualmente, el papa Francisco ofrece para la Jornada Mundial de la Vida Consagrada una homilía en la Basílica Vaticana. Exhorta a los consagrados sobre el significado y las consecuencias de nuestro seguimiento de Cristo. Ofrecemos aquí una síntesis de las ideas centrales de sus reflexiones desde 2014 a 2023.

Antes de presentar estos puntos, es interesante destacar la misma elección de esta fiesta de la Presentación para celebrar la Jornada Mundial de la Vida Consagrada. Se podría pensar que hay otras escenas evangélicas en principio más propicias para evocar nuestro camino de seguimiento: la elección de los discípulos, el envío y la misión de los doce, las reflexiones sobre la unidad de los apóstoles y seguidores, el abandono y la renuncia, etc., pero no, ha sido precisamente una escena inicial, casi sin palabras, la que ha llenado el Papa de contenido dinámico sobre nuestro estilo de vida y nuestras opciones. Francisco, como ya lo hicieron Juan Pablo II y Benedicto XVI, sigue con esta apuesta las huellas de la tradición oriental.

En el Oriente cristiano, a esta fiesta de la Presentación del Señor se la llama precisamente la «fiesta del encuentro»: es el encuentro entre el Niño Dios, que trae novedad, y la humanidad que espera, representada por los ancianos en el templo. Como el Papa recuerda todos los años, para nosotros la vida consagrada supuso también un encuentro inicial con Jesucristo y un encuentro mantenido a lo largo de nuestra vida de fe, seguimiento y práctica pastoral

como consagrados. Los encuentros con Jesús son decisivos e inspiran el nuestro.

Todas las propuestas de Francisco giran alrededor de la experiencia de este encuentro. En la Presentación hay un encuentro de Jesús con su pueblo; de los protagonistas de la escena, María y José, con Jesús mismo, de los ancianos; Simeón y Ana con Jesús y sus padres. También se puede ver en la escena la extensión del encuentro de Jesús hacia nosotros, los consagrados, y de nosotros al pueblo de Dios. Así la escena de la Presentación se llena de un contenido muy dinámico: el movimiento de Jesús a la humanidad y de la humanidad a Jesús, así como la respuesta y la vida de los consagrados al encuentro del pueblo de Dios. El Papa utiliza mucho la simbólica de los brazos, de María, de Simeón y Ana, los nuestros aceptando a Jesucristo y al prójimo necesitado, etc.

Presentamos ahora algunas ideas sugerentes de la reflexión papal, que llenan de contenido y consecuencias la dinámica de este encuentro:

1. El encuentro es una conexión vital y de fe, especialmente entre los mayores y los jóvenes.

La sabiduría y la tradición, la juventud y la innovación se simbolizan en la relación entre los ancianos y los jóvenes. Como afirma, el Papa en 2014: “Hace bien a los ancianos comunicar la sabiduría a los jóvenes; y hace bien a los jóvenes recoger este patrimonio de experiencia y de sabiduría, y llevarlo adelante no para custodiarlo en un museo, sino para llevarlo adelante afrontando los desafíos que la vida nos presenta”. La tradición de los consagrados no se custodia en

un museo, sino que nos lanza hacia adelante, afrontando los nuevos desafíos que la vida nos presenta. (cf. 2015). El encuentro produce así la creatividad que, curiosamente, no se coloca en primer lugar y unilateralmente del lado de la juventud.

2. El encuentro produce alegría y sabiduría.

La alegría de observar, de caminar en la regla de vida; y la alegría de ser conducidos por el Espíritu, “nunca rígidos, nunca cerrados, siempre abiertos a la voz de Dios que habla, que abre, que conduce, que nos invita a ir hacia el horizonte” (cf. 2014). Esa alegría es la fuente de la sabiduría y su ausencia es un signo de que desaparece el entusiasmo: “si la vida fraterna es solo un peso, si nos falta el asombro, no es porque seamos víctimas de alguien o de algo, el verdadero motivo es que ya no tenemos a Jesús en nuestros brazos. Y cuando los brazos de un consagrado, de una consagrada no abrazan a Jesús, abrazan el vacío, que buscan rellenar con otras cosas, pero el vacío queda” (2022).

3. El encuentro provoca la docilidad al Espíritu, profecía, paciencia y obediencia.

Esta obediencia y docilidad no son algo teórico, sino que está bajo el régimen de la encarnación del Verbo. Se trata de una docilidad y obediencia concretas. En el camino de la obediencia, madura la sabiduría personal y comunitaria, y así es posible también adaptar las reglas a los signos de los tiempos (cf. 2014.2021).

4. Quien vive este encuentro se convierte en testigo y evita la endogamia.

El testigo hace posible el encuentro para los demás; y también se hace promotor de la cultura del encuentro, evitando la autorreferencialidad, que pudiera hacer que los consagrados nos encerremos en nosotros mismos (cf. 2016).

5. El encuentro nos protege de la domesticación de los carismas.

Nos hará a los consagrados fecundos. Nos protegerá de una tentación que puede hacer estéril nuestra vida consagrada: la tentación de la supervivencia. Ese ambiente de supervivencia seca el corazón de nuestros ancianos privándolos de la capacidad de soñar y, de esta manera, esteriliza la vida común. La psicología de la supervivencia le roba fuerza a nuestros carismas porque nos lleva a domesticarlos, hacerlos «accesibles a la mano», privándolos de aquella fuerza creativa que inauguraron; nos hace querer proteger espacios, edificios o estructuras más que posibilitar nuevos procesos (cf. 2017).

6. El encuentro produce admiración, estupor y renovación permanente y evita la “cristalización” de los carismas.

El Papa nos describe como “custodios del estupor”. Un estupor que pide ser renovado siempre; y despierta un aviso: ¡cuidado con la costumbre en la vida espiritual!; cuidado con cristalizar nuestros carismas en una doctrina abstracta: “Los carismas de

los fundadores –afirma el Papa Francisco– no son para sellar en una botella, no son piezas de museo. Nuestros fundadores han sido movidos por el Espíritu y no han tenido miedo de ensuciarse las manos con la vida cotidiana, con los problemas de la gente, recorriendo con coraje las periferias geográficas y existenciales” (2016).

7. El encuentro con Jesús nos hace saltar más allá del misticismo cerrado, el activismo.

Hacer y vivir una opción de seguimiento, lo que el Papa llama “tener a Jesús entre las manos” es un antídoto contra el misticismo aislado y el activismo desenfrenado, “porque el encuentro real con Jesús endereza tanto al piadoso sentimental como al frenético factótum” (2018).

8. Vivir el encuentro con Jesús es también el remedio para la parálisis de la normalidad.

Supone abrirse a la cotidiana agitación de la gracia. Dejarse encontrar por Jesús, ayudar a encontrar a Jesús: este es el secreto para mantener viva la llama de la vida espiritual. Es la manera de escapar a una vida asfixiada, dominada por los lamentos, la amargura y las inevitables decepciones. Encontrarse en Jesús como hermanos y hermanas, jóvenes y ancianos, para superar la retórica estéril de los viejos tiempos pasados –esa nostalgia que mata el alma–, para acabar con el aquí no hay nada bueno. Si Jesús y los hermanos se encuentran todos los días, el corazón no se polariza en el pasado o el futuro, sino que vive el hoy de Dios en paz con todos (cf. 2018).

9. El encuentro nos invita a buscar a Dios en la vida concreta.

Dios nos llama a que lo encontremos a través de la fidelidad en las cosas concretas, la oración diaria, la misa, la confesión, una caridad verdadera, la Palabra de Dios de cada día, la proximidad, sobre todo a los más necesitados, en el cuerpo o en el espíritu. Son cosas concretas, como en la vida consagrada la obediencia al superior y a las Reglas (cf. 2018).

10. El encuentro produce paciencia con la vida personal y comunitaria.

Indudablemente no es una mera tolerancia de las dificultades o una resistencia fatalista a la adversidad.

La paciencia no es un signo de debilidad: es la fortaleza de espíritu que nos hace capaces de “llevar el peso”, de *soportar*: soportar el peso de los problemas personales y comunitarios nos hace acoger la diversidad de los demás, nos hace perseverar en el bien incluso cuando todo parece inútil, nos mantiene en movimiento aun cuando el tedio y la pereza nos asaltan.

Todos estos aspectos, y muchos más, que el lector puede encontrar en estas homilias a los consagrados, nos recuerdan cada año como el Papa destaca la importancia, el valor y la alegría de los consagrados. Francisco nos anima a ser testigos alegres del Evangelio. Con Jesús entre los brazos y siempre en camino hacia el prójimo, un movimiento que da razón de nuestra vida consagrada. **VI**

(Para el acceso a los textos: <https://www.vatican.va/content/francesco/es/homilies/>).

DESDE ORIENTE



¿Cómo conoce el mundo a un cristiano?

Paulson Veliyannoor, CMF

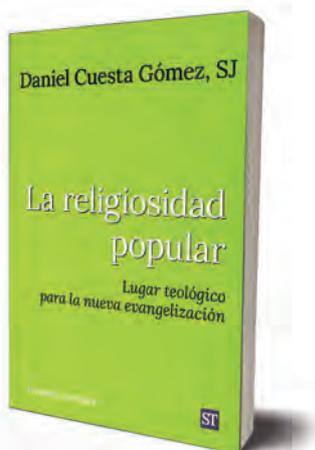
DIRECTOR, INSTITUTO DE VIDA CONSAGRADA - SANYASA (INDIA)

“Predica el Evangelio en todo momento. Si es necesario, usa las palabras” es una máxima atribuida a san Francisco de Asís. Es discutible que lo dijera realmente. No importa si lo dijo o no, ya que la máxima transmite una verdad importante: que los hechos son más poderosos que las palabras, y que la fe se contagia más que se enseña.

La máxima tiene relevancia especialmente en lugares donde el cristianismo coexiste con otras religiones. En culturas orientales plurirreligiosas, como la India, puede ser peligroso predicar o enseñar directamente el Evangelio a los no cristianos. En ese contexto, vivir el Evangelio se convierte en un medio de evangelización más viable, prudente y eficaz. Y cuando se vive así el Evangelio, hasta los analfabetos saben de dónde viene, como se desprende de la experiencia de mi compañero.

El hermano Esteban (seudónimo) viajaba en tren desde la ciudad meridional de Bengaluru hasta la ciudad nororiental de Guwahati, un viaje de tres días. Tenía una litera reservada. La primera noche, mientras dormía plácidamente, sintió que alguien le empujaba las piernas. Al despertarse, se encontró con un anciano, aparentemente

pobre y analfabeto, que intentaba hacerse un hueco. Evidentemente, el hombre había entrado en el coche sin billete, ya que el revisor no pasaba por allí de noche. Esteban pensó así: “Tengo dos días más para dormir. Voy a ofrecerle mi litera a este anciano”. Y así lo hizo. El hombre aceptó agradecido su ofrecimiento y ocupó la litera, mientras Esteban pasó la noche sentado en un rincón a su lado. Al día siguiente, antes de bajar en su destino, el anciano tomó las manos de Esteban y le dijo: “Gracias por tu favor. Sé que eres cristiano”. Esteban se quedó estupefacto. Apenas habían hablado durante la noche y Esteban nunca había mencionado su nombre ni su identidad. “Sí, lo soy. Pero, ¿cómo lo sabe?”, preguntó Esteban. El anciano respondió: “Lo sé. Solo un cristiano puede ser tan generoso”. Evidentemente, el hombre no quería decir que los no cristianos no hicieran tales actos de bondad; pero sabía que, para un cristiano, tales actos vendrían naturalmente, como si estuviera en sus genes. Esteban apenas predicó una palabra del Evangelio aquella noche. Pero su acto fue elocuente. ¡Y con qué efecto! 



La religiosidad popular

Daniel Cuesta Gómez, sj

149 PÁGS.

Sal Terrae. Maliaño (Cantabria), 2023

La religiosidad popular vuelve, al menos en España, a tener una vigencia que nunca perdió del todo. Salvo en el bache temporal desde el inmediato postconcilio a los años 80, la religiosidad popular se ha mantenido como un filón de experiencia de fe. La religiosidad popular no puede ser relegada a meras manifestaciones sociológicas, culturales, artísticas o etnográficas. En muchos países y continentes, ha sido el espacio privilegiado de expresión de la fe de la mayoría de los creyentes. En el ámbito teológico siempre ha sido valorada como una posibilidad pastoral y experiencial en todas sus manifestaciones.

El volumen que presentamos es un ensayo teológico con cierto sabor a trabajo académico. El joven jesuita Daniel Cuesta ofrece una presentación descriptiva del valor de la religiosidad popular como lugar teológico. Para ello recurre a un dominico del siglo XVI: Melchor Cano.

Cano reflexionó sobre el significado y valor de los lugares teológicos, y delineó sus características en su obra *De locis theologicis*. Este acceso es el que presenta el autor, algo muy técnico. Tal vez un poco distanciado, cronológicamente, de los modos de hacer teología contemporánea, tanto más cuanto que muchos

teólogos del siglo XX nos ofrecieron variadas reflexiones sobre el significado y valor de la religiosidad popular. También sobre sus límites y ambigüedades. Pero no deja de ser curioso el poder encontrar, con Cuesta, la vigencia de las palabras del Siglo de Oro sobre la autoridad de Dios, producción de la experiencia de fe y eclesialidad.

El libro ofrece también una amplia información sobre documentos, aportaciones papales, e historia de la apreciación de la religiosidad popular en estos últimos tiempos. No olvida el autor el sentido crítico cuando afirma que “es evidente que la religiosidad popular es una realidad que necesita ser depurada de sus errores y desvíos” (pp. 122-123).

Como conclusión, vuelve Melchor Cano, y permite que la religiosidad popular entre en su “triángulo”: Dios, experiencia de fe y eclesialidad. “De este modo, la religiosidad popular integra, por un lado, dentro del pueblo de Dios, a aquellos que han nacido y comprenden la vida desde las coordenadas y claves de los pueblos particulares y ayuda a la Iglesia a ser católica, al acoger en su seno a la diversidad de los fieles” (p. 136). ¿Un espacio privilegiado o solamente aceptable? Solo un prejuicio podría despreciarlo, pero, orientarlo debidamente, ya es harina de otro costal. Lo que es claro es que el antagonismo entre jesuitas y dominicos no está vigente ya para el joven autor.

Pedro Manuel Sarmiento, cmf



53^a **Semana Nacional**

Institutos de Vida Consagrada

Comunión y Fraternidad

Dos tareas siempre pendientes

3 - 6 | abril
2024
Madrid



Información e inscripciones: itvr.org

Nueva edición del Postgrado en Administración de Bienes Eclesiásticos

CaixaBank y la Universidad Pontificia Comillas ponen en marcha la tercera edición del postgrado para formar **especialistas en la administración de bienes eclesiásticos**. CaixaBank cuenta con un equipo especializado en Instituciones Religiosas y, para apoyar la necesidad de formación en la administración de los recursos de las instituciones religiosas, se compromete a impulsar el curso **becando parcialmente a los alumnos y aportando profesorado** en materias financieras.

Más información del Postgrado:

